

DON QUIJOTE  
CON FALDAS,  
ó  
PERJUICIOS MORALES  
DE LAS DISPARATADAS NOVELAS.  
ESCRITO EN INGLÉS,

SIN NOMBRE DE AUTOR;

Y EN CASTELLANO

*POR DON BERNARDO MARÍA DE CALZADA,  
TENIENTE CORONEL DE LOS REALES  
EXERCITOS, É INDIVIDUO DE VARIOS  
CUERPOS LITERARIOS.*

TOMO SEGUNDO.

CON PERMISO.

POR FUENTENEbro Y COMPAÑÍA.  
1808.

DON QUIJOTE  
CON FALDAS

0

PERJUICIOS MORALES  
DE LAS DEPRIMIDAS NOVELAS.

ESCRITO EN INGLÉS

EN NÚMERO DE AUTORES

Y EN CASTELLANO

por don ANTONIO DE CAJAL  
TRADUCIDA POR DON ANTONIO  
DE CAJAL, A INSTANCIA DE DON ANTONIO  
DE CAJAL

TOMO SEGUNDO

CON PERMISO

DEL FUENTE Y COMPANIA

1808.

\*\*\*\*\*

DON QUIJOTE CON FALDAS

Ó

ARABELA.

---

CAPÍTULO PRIMERO.

*Definicion del amor, y de la hermosura.*

**A**unque me pareceis muy severa, prima mia, dixo Glanville, en el modo con que pretendéis que nuestro sexô sea tratado por el vuestro, sería, no obstante, de de-

sear que las mugeres , generalmente , se arrimasen á vuestra opinion lo bastante para que su sociedad no fuese una esclavitud continua: Quántas veces , Jorge amigo , no hemos compadecido á ese corto número de personas de gusto , que , uncidas á su pesar , por el amor , al carro de las bellezas , hicieron voto de acompañarlas por todas partes... Unicamente atentos al cuidado de agradarlas , es preciso mostrarse sordo en *Rénelagh* quando canta la Sirena *Trazy*; y en *Drurylane* resistir á las impresiones que produce en la escena el maravilloso *Garrick*. For cierto , repuso el caballero Jorge ( olvidando el papel que representaba ) que me acuerdo de haber visto á uno de mis amigos en un palco ocupadísimo con una de esas damas: representábase la mejor comedia de

*Congreve*, y parecía que hablaban de ella, aunque no cesaban de hablar; una sonrisa hechicera animaba las mas hermosas facciones; unos ojos grandes, bien rasgados, se levantaban de quando en quando ácia el cielo, para dexarse ver mejor, y el juego del abanico, poniendo mas á la vista una mano blanca, pequeña y torneada, daba á su conversacion un cierto aire de importancia. Creí que disertaban sobre la conducta de la pieza, ó sobre la representacion de los actores; pero nada menos que eso. Mi amigo me dixo que se trataba de una Ardilla, de una lugareña mal peinada, y de una muñeca venida de Paris, que trahía una nueva moda: éstas son las conversaciones á que es menester sujetarse (hecha la debida abstraccion del inagotable capítulo de las gra-

eias atractivas) si quiere aspirarse á la dicha de suspirar á la intermediacion de las mugeres, cuyas personas tienen alguna celebridad.— ¿Hay, acaso, asuntos, repuso Arabela, que presenten variedades mas agradables que esos de que acabais de hacer una crítica injuriosa? La beldad es un manantial abundante de elogios; y debiais considerar que, entre todas las pasiones, no hay ninguna mas noble, mas sublime, ni mas propia á elevar el alma que el amor.— Permitidme, prima mia, que os represente, con sumision, que quanto puede decirse del amor y de la hermosura es reducible á pocas palabras: basta tener ojos para ser seducido al aspecto de una hermosa presencia; pero es cierto que el catálogo de las perfecciones es cortísimo: creo que

quando se ha hablado de ojos , de facciones , de tez , de pelo , de talle , y que se añaden algunos adjetivos como hechicero , seductor , divino , magestuoso ; y algunos sustantivos mas , como rosas , azucenas , jazmines , &c. el asunto está , á corta diferencia , apurado , á menos de que no se repita : lo mismo sucede con el amor : dicen que nace de la admiracion ; que se conserva por la esperanza ; y que se acaba por el odio : no es necesario mucho ingenio para pintar este sentimiento ; y , si no me engaño , el diccionario de los amantes pocas mas palabras tiene que incendio , ardor , llama , tormento , deseo , tiro , languidez , zelos , y algunos otros casi synonimos. — Sentando semejantes paradojas , Glanville , no reflexionais ciertamente : leed las conversaciones de los amantes ilustres , y ve-

reis una inmensa variedad de sentimientos producidos por el amor y la belleza ; vereis los guerreros mas distinguidos disertar sapientísimamente sobre el color de los ojos ; y disputar una victoria , puramente de opinion , con tanto ardor como si se disputase de un campo de batalla ; y vereis los efectos del amor expuestos baxo diferentes puntos de vista , y explicados con admirable eloquencia. — Sobrina mia , interrumpió el Barón , no puedo ocultarte que haría yo malísimo concepto de un militar , si le oyese discurrir sobre tales insulseces ; y desde luego afirmo que esos tus guerreros que disertaban tan bien eran unos cobardes. — ¡ Es posible , tío mio , que penseis así ! El gran Orondates , el invencible Artabano , el afortunado y valeroso Artamenes , el in-



comparable Cleomedon , y el victo-  
 rioso Juba , son igualmente ultra-  
 jados por vuestra proposicion :  
 ¿ Qué opinais , caballero Jorge ? —  
 Opino como vos , señora ; pero , no  
 obstante , debe repararse que tiene  
 algunas tachas la reputacion de  
 esos heroes que acabais de nom-  
 brar : El gran Orondates fue acu-  
 sado de haber vendido á su divina  
 princesa ; el afortunado y valero-  
 so Artamenes sospechado de in-  
 constancia , y se reprocha al victo-  
 rioso Juba una infinidad de baxe-  
 zas. — ¡ Voto á tantos , Jorge ami-  
 go , dixo Glanville , que no te creí  
 tan versado en la historia de los  
 heroes ! sin duda que son conoci-  
 mientos nuevamente adquiridos. —  
 No , no , replicó Arabela : es mu-  
 cha la instruccion del caballero , y  
 no puede menos de haber emplea-  
 do muchas horas en la lectura de

unas obras , que enseñan la metafísica del amor , y de la bizarría , que son los conocimientos que forman los heroes , así como la virtud , y la hermosura , forman las heroínas : si no me engaño , ha aprovechado de tal manera , que nunca será infiel á la que ama.—Pues , con todo , prima mía , está acusado de bastantes delitos de esta especie.— ¿Pues qué , preguntó Arabela muy admirada , habrá podido el caballero Jorge romper sus contratos , ser infiel , violar sus juramentos , y abandonar á la misma á quien consagró su existencia ? No puedo creer tan odiosa imputación.— No es este el momento , repuso Jorge , de contradecir á Glanville , que ha querido denigrarme : me basta el estar justificado por mi propia conciencia.— Acusaciones tales no se desprecian : vuestro ho-

nor está lastimado; y me parece que no puede una muger permitir que la ameis mientras no estuviereis justificado.— Pues yo, dijo Carlota, soy de contrario dictamen; y presumo que ninguna muger llevará á mal que Jorge haya sido infiel: es muy dulce cautivar al amante de otra; y creo que una conquista así es mas honrosa que rendir un corazon totalmente nuevo.— Te he comparado, prima mia, á la princesa Julia, y te repito que no hubo jamas dos mugeres mas conformes en todo.— Te doy gracias por mi hija del paralelo, repuso el Baron, porque presumo que será un cumplimiento lisongero.— No, tio mio: la distancia de mi prima á una princesa no es tan desmedida.— No es dado á todos, prosiguió el caballero Jorge, ser Artabanos, ni

ofrecer la eleccion de los reynos, ni poner los cetros á los pies de la princesa de los Partos ; pero, si me atreviera á hacer alguna comparacion, diria, que fué, como yo, acusado de inconstancia.— Es verdad, pero no fué culpado : diferiré, pues, el sentenciaros hasta saber vuestras aventuras ; y entonces juzgaré si Glanville os dió el título de inconstante con razon, ó sin ella. » Acabóse esta conversacion con el anuncio de que ya estaba la comida en la mesa.»

## CAPÍTULO II.

### *Nueva aventura de la heroína.*

**M**ortificado Glanville de haber oido ridiculizar á Arabela, resolvió apoderarse de las conversa-

ciones, y elegir solo asuntos sobre los que pudiese su prima lucir, sin absurdo, su talento: este proyecto le salió bien, y se pasó divertidamente una parte del día.

Propuso el caballero Jorge salir á caza por la tarde. Arabela, como acostumbrada á este ejercicio, aceptó la proposición, después de haber mostrado á Carlota la repugnancia con que la dexaba sola. Muchos amigos de Jorge se encontraron, al tiempo de salir, á la puerta de la quinta; de manera que se formó un lucido escuadrón. El vestido que llevaba nuestra heroína la sentaba muy bien: mostrábase su talle de un modo que la favorecía: un sombrero con plumas blancas acompañaba su ondulante melena, y realzaba tanto sus gracias, que Glanville estaba como embobado. El caballero

Jorge , animado de una pasion mas poderosa en él que la del amor, se puso al frente de los cazadores, y dexó partir á Glanville con su prima. Corrieron juntos algun tiempo en silencio; y Arabela, satisfecha de su discrecion , creyó , por su delicadeza en el proceder , que debia proporcionar á su amante la ocasion de que la hablára de su cariño ; para esto pretextó algun cansancio , y dixo que seria bueno reposar á la sombra de algun ramage espeso , (porque era puntual en la observancia de las costumbres heroicass ) : gozoso Glanville, se desmontó ; ayudó á su prima á que lo hiciese ; y se sentó á su lado sobre unos menudísimos cespedes : las rosas de la modestia colorearon el rostro de Arabela: Glanville lo advirtió , y dixo cosas muy altisonantes , que tuvieron

buen efecto. La heroina se humanizó en aquel diálogo hasta tanto como declarar á Glanville, que no lo aborrecía ; cosa que , en el estilo sublime , es un insigne favor. Habria un quarto de hora que estaban en conversacion, quando Arabela dió un grito de espanto, se levantó atropelladamente, y corrió á su caballo. — ¿ Quál es la causa de ese terror , prima mia ? — ¿ No veis aquel caballero que viene ácia nosotros ? — ¿ Qué hay , pues , en ese hombre de extraordinario ? — Es el mismo , lo conozco , que intentó robarme algunos meses ha. — Y quando quisiera hacerlo ahora , yo basto para defenderos. — Sí : no lo dudo de vuestra buena voluntad ; pero él habrá tomado , sin duda , sus medidas para lograr su empresa. . . . Dexadme huir. — No quiso Glan-

ville perder tiempo en razones, la ayudó á montar, y la siguió.— Vuestro Antagonista, le dixo Arabela, está á pie... yo estimo mucho vuestra vida; pero no puedo dispensarme de representaros, que es contra las leyes de la caballería el no pelear con armas iguales: os prohibo, pues, olvidar (aun para mi seguridad propia) lo que debeis á vuestra gloria.”

Aunque sofocado Glanville con la extravagancia de su prima, la suplicó sumisamente, que no se inquietase por cosas tan poco verisímiles. „Dexemos llegar á ese viajero: si trahe mala intencion (como os lo persuadís), confiad en que os defenderé hasta derramar la ultima gota de mi sangre. Y ahora, para tranquilizaros, pongámonos en marcha sin afectacion, y vamos á reunirnos con los cazadores, á



quietes, acaso, tenemós con cuidado." Arabela miró á Glanville con sumo enojo, guardó silencio algun tiempo, y despues le dixo:

„¿Será dable que me haya engañado en el concepto que he formado de vos? ¿No os sentiriais, Glanville, con bastante animo para pelear con mi robador?— ¡Ah, cielos! ¡Qué decís! No hagais conmigo tales experiencias... ¡Yo falto de ánimo... ¡Por vida de!... ¿Habeis, en efecto, jurado trastornarme el juicio?... ¿Quién es, por Dios, el que quiere robaros, ya que esa es vuestra quimera?— Ese que viene ahí, replicó sosegadamente Arabela, señalando con el dedó ácia el caminante... Sabe, pues, frio é insensible amante, que ese caballero es tu competidor... y, acaso, mas digno que tú de mi aprecio; pues, amándo-

me lo suficiente para formar el proyecto de robarme, tendria ciertamente valor para defenderme, si estuviera en su poder. Mas perdonable es su violencia, que el oprobio con que, á mis ojos, os cubris...» Dicho esto, picó á su caballo, y dexó al pobre Glanville en la postura de un hombre petrificado. No se atrevió á seguirla, receloso de pasar por cobarde; deploró su suerte; y exâló su cólera con mil imprecaciones contra las malditas novelas heroycas.

Hervey (á quien un asunto de importancia habia trahido por aquel pais) habia oido las lamentaciones de Glanville, y creido que acababa de ser tratado como él. Acercósele, riendo á carcajadas, y le dixo: »caballero, no tengo el honor de que me conozcais; pero permitidme que os pregunte ¿si

conoceis á la dama que os ha dexado con tanto despego? Es la criatura mas extravagante que hay baxo la bóveda del cielo." Glanville, aunque de malísimo humor, amaba á su prima, y no sufría que se la ultrajára: arrugó, pues, el ceño, se encasquetó el sombrero, y respondió á Hervey: que era una insolencia tratar de aquel modo á una dama del mayor mérito, del nacimiento mas distinguido, y, ademas, parienta suya. „Os debo disculpas, caballero, repuso Hervey con tono burlon, supuesto que sois el Campeon de esa dama; pero, si pretendéis reñir contra quantos se burlan de ella, os declaro, que tendreis muchísimos desafios." Glanville, transportado de furor, hizo un gesto injurioso: Hervey desnudó la espada, y se arrojó intrépido á Glanville, quien,

por algunos instantes , sólo pudo parar los golpes con el mango del latigo ; pero pudo sacar su cuchillo de caza , y la pelea fué reñidísima. Arabela , escondida detrás de un árbol , vió , con gozo , que su amante era valiente. Dexóse sentir en su corazon un movimiento de ternura ; y se disponia ya á interponer su autoridad para separarlos , quando divisó á muchos hombres que corrian ácia los dos combatientes : eran unos segadores , bautizados por ella con el nombre de satelites del robador. Asustada de aquel refuerzo , corrió , á toda brida , á advertir á los cazadores del peligro en que se hallaba Glanville , y se desmayó al llegar. No viendo el Baron á su hijo , entró en gran cuidado , y se aprovechó del momento en que Arabela abrió los ojos , para preguntarla por

él. — Vuestro hijo queda peleando contra una multitud de gente armada, con un valor igual al de Cleomedon. No perdais tiempo, que, aunque es valiente, el gran número puede oprimirlo. — ¡Donde está, en el nombre de Dios! — Id por este lado, y seguid el rastro de la sangre de los enemigos que ha vencido... El padre de Glanville, sin responder cosa alguna, partió al galope, y con él todos los demas. El caballero Jorge, continuando su chanza, y viendo á Arabela, que se disponía á montar tambien á caballo, se ofreció á quedarse con ella, para defenderla, si algun raptor se presentaba. Procuró darla á entender, que los horrores de una batalla no eran para ojos como los suyos; pero, no pudiendo persuadirla, se vió obligado á volar con ella al socorro de Glanville.

## CAPÍTULO III.

*En el que no se verán mas que equivocaciones.*

**D**espues de haber corrido algun tiempo el Baron, no vió rastro alguno de sangre, sino á unos segadores que estaban en conversacion; llegóse á ellos, y supo que dos caballeros habian empezado á reñir; pero que tuvieron la fortuna de llegar bastante á tiempo para impedir que no se matáran.

Mucho celebró la noticia el Baron: recompensólos generosamente, y corrió á decir á su sobrina, que su hijo no estaba herido. »No puede ser eso, replicó Arabela, porque veo desde aquí á muchos de sus enemigos: la regla no permite perdonar á ningun-

nó.— Reponte, sobrina mia, porque me parece que tienes el ánimo perturbado: los que tomas por enemigos son unos honrados segadores, á quienes debemos mucho; pero dime el motivo de esta quimera.— Nadie como yo lo sabe, pues soy la causa. Lo que puedo decir es, que han hecho á mi primo una malísima obra en no dejarlo pelear: muerto su enemigo, todo estaba acabado; en vez de que ahora es de toda necesidad que lo busque, aunque estuviese en lo mas remoto del mundo.”

Maravillado el Baron de ver en su sobrina un alma sanguinaria, la expresó quanto sentía ver olvidada en ella la dulzura característica de su sexô, hasta el grado de provocar á unos jovenes á que viniesen por ella á las manos. „Te ruego, añadió, que me ahor-

res en lo sucesivo inquietudes sobre la vida de mi hijo: si tú no haces caso de ella, conoce, á lo menos, que yo hago muchísimo.” Ofendióse Arabela del principio del discurso de tu tío; pero luego creyó que solo se hablaba de sus rigores. Contestó, con amenidad, que la vida de su primo no la era indiferente; que no lo aborrecia; y que aun sentiría su pérdida, si tuviese la desgracia de ser vencido ó muerto.—Pues cómo, sobrina mia, no mas que...—Suplicoos que no aumenteis mi confusion. Si hablé demasiado, agradeced á mi corazon el esfuerzo que hizo, y no pidais interpretaciones.—Te explicas, en mi dictamen, harto claramente: confieso que si te hubiera juzgado capaz de tales sentimientos, no te hubiera proporcionado la ocasion de descubrir-



los.— En verdad , replicó Arabela en tono de picada , que creí que fueseis la única persona del mundo de quien no pudiera yo prometerme tal reprehension ; pero pues habeis tenido á bien mostrarme mis faltas , os ofrezco ser en lo venidero mas circumspecta ; á pesar de que no creo haber traspasado los limites de la decencia ; y pudiera citaros exemplos célebres de situaciones parecidas á la mia , si me quisiera cansar en justificarme.“ Pesaroso el Baron de haber humillado á su sobrina , la dixo , apretándola la mano , que en ella consistia destruir todas las sospechas. Al oír esto nuestra heroína , miró á su tio con altivez , y se mostró resentidísima.

Propúsola el tio volver á la quinta , y procuró determinarla con la esperanza de encontrar allí

á su hijo. „No lo encontraremos ciertamente, dixo Arabela, volviéndose á mirar al caballero Jorge. — Espero, señora, dixo éste, que el castigo, debido al temerario que persigue, quedará reservado á una persona, acaso menos afortunada, pero con igual interés en vuestra conservacion.” Arabela comprendió muy bien á Jorge, no le respondió nada, y cedió á las reiteradas instancias que la hizo su tío de volver á casa.

Sentido Jorge de no haber hallado ocasion de hablarla á solas, la dixo, apretándola la mano para que desmontára, que iba á buscar á su perseguidor para reñir con él, y que pronto tendria noticias, ó de su muerte, ó de su triunfo. Dicha esta baladronada, hizo una reverencia profunda, y se despidió de ella. El Baron ob-

servó á su sobrina, mientras Jorge la hablaba; vió que se la encendió el color, y preguntó ¿porqué? „Pues que mi rostro me ha vendido, no puedo negar que el Caballero me ha faltado dos veces hoy al respeto que me debe.” El Baron graduó de indigno el procedimiento, se enardeció, y dixo, en voz alta, que no se acostaría sin explicarse con él. Arabela, preocupada de falsas ideas, graduó de zelos el enardecimiento de su tio, y respondió secamente, que mejor convendria á su edad un poco mas de moderacion. Carlota llegó á la sazón; y su padre dexó la conversacion para preguntar por su hijo: todos ignoraban su paradero, y la inquietud se iba haciendo general, quando lo vieron llegar á la quinta.

## CAPÍTULO IV.

*Continuacion de las equivocaciones.*

**G**lanville evitó la concurrencia para que no conocieran su descubrimiento : así que se presentó, se retiraron las dos primas ; la una para dexarlo en libertad ; y la otra para informarse de lo que Jorge habia dicho y hecho mientras la caza.

Luego que Arabela se vió sola , su imaginacion la representó todo lo sucedido. ¡ Quántos sucesos en un solo dia ! Peligro de ser robada por un pérfido raptor ; libertarse felizmente de serlo ; una declaracion inesperada ; y el descubrimiento de que Glanville tenia un competidor en su padre. No

hubo heroína que se viése nunca en tan singulares circunstancias. Pero, por mas descabelladas que fuesen sus ideas, Arabela halló modo de compararlas. »¿Por qué mi merito, decía ella, no podría producir el mismo efecto que el de Olimpia, princesa de Francia? ¿No promovió la divina Clelia una violenta pasión á Maherral, quien no dexó de amarla, aun sabiendo que era su hermano? ¿No amó á la hermosa Alciona su tio, y no intentó que le correspondiera? ¡Ay! sobradamente cierta es mi desgracia; pero ya que mi funesta beldad encendió tan delinqüente llama, debo extinguirla, y desterrar un respeto, que puede perjudicar á mi gloria.» Recapituló seguidamente quanto la habia dicho el caballero Jorge, y encontró en sus expresiones tanta relacion

con las de Orondates, que quedó su vanidad satisfecha: la regla exigía que no fuese bien recibida una declaracion tan pronta; pero era absolutamente preciso admitirlo como amante, siempre que, mas dichoso que Glanville, triunfase de su robador. Era una situacion aquella embarazosísima. Preguntado Glanville por su padre, imaginó una querrela, y deb que hizo una sucinta relacion. «Pretendes alucinarme, hijo mio, le dixo su padre: tu prima lo ha revelado todo.»

Mortificadísimo Glanville de que lo hubiese ridiculizado Arabella, se dexó de averiguaciones, y pasó al quarto de su prima, á saber de ella misma lo que habia dicho de él.

Arabela lo cumplimentó mucho sobre su valor, y le dió gracias

magestuosamente de lo bien que la  
 habia servido. Glanville, despues  
 de haber intentado persuadirla á  
 que se habia asustado sin motivo,  
 se informó de lo sucedido desde  
 que se separó de él, y tuvo la mor-  
 tificacion de saber, que no tan so-  
 lo se habia dado en espectáculo  
 ella, sino que tambien habia sido  
 él mismo actor en la escena extra-  
 vagante que habia representado;  
 pero Arabella dió tanta importancia  
 á la narracion de sus temores, de  
 sus inquietudes, de su dolor, y,  
 en fin, del desmayo, cuya causa  
 habia él sido, que, en vez de  
 darla quejas, hubo de mostrarla  
 mucha gratitud. Dióle Arabella una  
 tierna ojeada, y no pudo contener  
 un suspiro. „Es necesario, queri-  
 da prima mia, que yo sepa por  
 qué suspirais” la dixo, apretándo-  
 la la mano.— Sed tan prudente,

que no me violentéis á revelaros un secreto : los hay de calidad que nunca deben descubrirse; fuera de que sobradamente presto lo sabreis. — Aumentais mi curiosidad, siendo yo el objeto, como parece por Dios, prima mia, que no prolongueis mi inquietud. — No, Glanville : no quiero ser la primera que os noticie lo que debierais eternamente ignorar. » Como Glanville conocia el caracter de su prima, no se le dió mucho de aquella desgracia anunciada; pero fingió hallarse muy consternado, al despedirse de la amable visionaria.



## CAPÍTULO V.

*Todavía no están aclaradas todas las equivocaciones.*

**C**ontinuaba el padre de Glanville desabridísimo por la creída injuria que el caballero Jorge habia hecho á su sobrina; y buscaba resueltamente ocasion de informarse de lo que habia sido: temia que Glanville lo supiese, y que resultasen fatales conseqüencias. Despues de comer insinuó el Barón á su sobrina dar un paseo, porque tenia algo que decirla. Arabela, inquietísima de ver la seriedad de su anciano tio, no puso duda en que deseaba declararse con ella. Fixó en tierra los ojos; encendiósela el color; y dió á sospechar á Carlota, que su padre

queria interesarse eficazmente con ella á favor de Glanville. El Baron no observó aquella conmocion; y , viendo que no respondía, añadió, con semblante risueño : „Creo, sobrina mia, que no tendrás reparo en estar sola con tu tio. — No, señor; siempre que mi tio no aspire á otro nombre.” Pasmado el Baron con tal respuesta, dió por sentado que le reprochaba el demasiado uso de su autoridad. „Nunca abusaré, querida sobrina, del poder que me confió tu difunto padre, y aun te aseguro que siempre tendré mas gusto en verte seguir mis consejos como amigo, que como tutor : ruego que no atribuyas las inquietudes que me causas á otra cosa que á la amistad que te consagro. — Agradezco, como debo, señor, el afecto con que me honrais; pero deseo mu-

cho que os atengais unicamente á esta sencilla demostracion." El Barón se quedó sin entender lo que oía. „Tengo que decirte algo, sobrina; pero pues que son necesarias tantas precauciones para hablarte, aguardaré á que estés mejor dispuesta á oirme." Detuvo Carlota á su padre, que ya se iba, diciéndole: mi hermano y yo nos retiraremos: ella se fué, en efecto; tambien Glanville la seguia; pero Arabela se lo estorbó. „Mi tío no tendrá ciertamente cosa de importancia que decirme; y quando así fuera, nunca estariais demas. . . . Y si es necesario emplear la autoridad, os mando que os quedeis.— Me habeis rehusado, prima mia, satisfacer mi curiosidad sobre una cosa que me concierne. Para castigaros, pues, (porque soy vengativo, continuó Glan-

ville yéndose) no os obedeceré, y escuchareis lo que mi padre tiene que deciros." Como no pudo Arabela evitar la conversacion de su tío, se mostró afligidísima. «Pareceme, sobrina mia, que estás desasosegada: tranquilízate por Dios: lo que voy á decirte, no...—Tío, hay casos en que conviene el silencio.—Te repito, sobrina, que vives engañada: mi edad debería asegurarte de las conseqüencias que temes: no he formado el proyecto ridículo de reñir con el caballero Jorge; pero he de saber como te ha ofendido.—No os conviene, tío, ser mi vengador: dispensaos de un paso que...—Basta con eso, sobrina mia: lo precisaré seguramente á que se disculpe contigo, y todo quedará como debe: te tengo por muy prudente, y no querrás que

mi hijo se mezcle en este asunto.”  
 Dicho esto , salió el Baron , y dexó á Arabela persuadida á que estaba zeloso de un competidor mas peligroso que su hijo. Salió á pasearse al jardin , á donde fueron á encontrarla los dos hermanos: Glanville , creido en que su padre acababa de abogar por él , tomó por mal agüero la tristeza de su prima. ”¿Me atreveré á preguntaros , querida prima , si es mi venida la causa del pesar que noto en vuestros ojos; ó si procede de la conversacion que acabais de tener con mi padre?— De ambas cosas procede , porque si os hubierais quedado , como os lo mandé , no me hubierais expuesto á oir cosas desagradables. — Me pareció que adivinaba lo que mi padre quería deciros , y pensé que mi presencia le incomodaba. ¿ Habia yo

de impedirle , prima mia , que hiciese de abogado en una causa en que interesa su felicidad , y la mia?— Me sorprendeis , repuso Arabela : ¿ estais ya noticioso de la conversacion que acabo de tener?— A lo menos la sospecho.— Pues no comprendo , siendo así , cómo pudisteis ausentaros. — No me reprendais ; os lo suplico : conozco vuestra severidad ; y sé que me castigariais , si me atreviera á tomar las mismas libertades que mi padre. . . Pero estais agitada : ¿ he dicho algo que pueda. . . — No , Glanville , replicó Arabela , con tranquilidad fingida : veo , al contrario , que merecis muchos elogios : contentaos , en lo venidero , con el título de hijo sumiso y respetuoso , porque os honra y no aspireis al de amante. » Retiróse Arabela , despues de pronun-

ciada esta frase enigmática , y dexó á Glanville como pasmado.— Así que estuvo sola en su quarto, pensó, como acostumbraba, en quanto acababa de oir , y se afligió tanto de la indiferencia de Glanville , como de la facilidad con que la cedía á su padre. Quería disimularse á sí misma que lo amaba, y atribuía su dolor á la vergüenza de verse abandonada ; y como no hallase exemplo de semejante perfidia , se juzgaba la muger mas infeliz de quantas existian en el mundo.

## CAPÍTULO VI.

*Conseguencias necesarias de las equivocaciones antecedentes.*

**M**ientras Arabela se lamentaba de sus infortunios, se hilvanaba Glanville los sesos para penetrar el sentido misterioso de las frases de su prima: las combinó por todos los modos posibles, sin poderlas comprender, y, por último, vino á convencerse de que nada significaban, ó de que eran resultas de alguna nueva rareza. Buscó, no obstante, á su padre para preguntarle lo que habia tratado con su prima, y no le encontró. Habia marchado á caballo para poner en claro la ofensa de que Arabela se quejaba. El caballero



Jorge estaba en su casa de campo; alcanzó á ver al Baron; salióle al paso; y quiso ayudarlo á desmontar. »Todavía conservo alguna fuerza, dixo el anciano, tendiendo con vigor su pierna derecha: vengo expresamente á informaros de que mi sobrina ha llevado á mal lo que la dixisteis al oido; y á saber tambien de vos, qué cosa es ésta...” Jorge, que no tenia gana de reñir con el tio de Arabela, contestó, que acaso se habia chanceado con sobrada ligereza, sobre el supuesto raptor; pero que estaba certísimo de no haber dicho cosa que la pudiera ofender. Su justificacion fue tan honrada, que el Baron, olvidando su resentimiento, le apretó la mano, y lo convidó á que fuera á reconciliarse.

Aguardaba Glanville con im-

paciencia la vuelta de su padre, para preguntarle sobre lo sucedido entre él y Arabela ; pero como no hallase en su padre su natural franqueza , quedó mas inquieto. Después de cenar se determinó á pedir á Arabela unos instantes de audiencia ; pero Lucía , que estaba aguardando á su ama en lo alto de la escalera , así que subió , la habló algo al oído. Arabela , á quien daba la mano Glanville , dió á este apresuradamente las buenas noches , y corrió á encerrarse en su gabinete. Glanville , tan sentido de aquel contratiempo , quanto curioso de saber que lo producía , se retiró atormentado de su imaginacion. Lo que dixo Lucía á su señora fue , que un correo extraordinario acababa de traer una carta de parte del caballero Jorge , y que aguar-

daba la respuesta. Arabela tuvo desde luego mucho deseo de abrirla ; pero , temiendo transgredir las leyes del heroismo , se resolvió á devolverla. »Vuelve esa carta, dixo , al correo , y encargale , que diga á su señor , que no solamente no he leído lo que me ha escrito ; pero que le aconsejo que no reincida en cometer imprudencias semejantes.» Lucía escuchó , con mucha atención , la orden de su ama , y la repitió varias veces por la escalera , para no omitir cosa alguna ; mas el correo habia ya partido. El caballero Jorge , instruídísimo en las fórmulas heroicas de las novelas , habia mandado á su correo , que pidiese una respuesta , pero que no la esperase. Lucía devolvió á su señora la carta , y la dixo : »Por esta vez no podeis menos de abrirla , porque

el correo ha partido sin esperar respuesta — El medio de que se sirve para que me quede con la carta es ingeniosísimo. . . Acaso me engaño sobre lo que contiene, y tengo gana de leerla : tú, ¿ qué piensas de esto? » Lucía aprobó mucho aquel deseo curioso ; y Arabella , haciendo como que cedía á las importunidades de su confidenta , rompió la nema, y leyó lo que sigue :

EL INFELIZ Y DESESPERADO BELMÚR,  
Á LA DIVINA ARABELA.

*Vuestro Señor tío me ha informado de la desgracia en que he incurrido de desagradaros ; y no es dudoso que la desesperacion va á arrancarme presto una vida que os habia dedicado. El delinqüente que se atrevió á adoraros , señora , no murmu-*

ra, ni se queja, de su castigo: reconoce la justicia, y se somete con resignacion.

Expie, por lo menos, mi muerte ¡O Arabela divina! mis ofensas; y tenga yo la satisfaccion de esperar, que esos ojos hermosos, que me han mirado con desprecio, derramarán algunas lágrimas sobre mi tumba: si conservareis la memoria de mi delito, dignaos tambien de acordaros que me costó la vida. Mi unica felicidad es la de atreverme á creer, que, dexando yo de existir, dexareis vos de aborrecer al desventurado

Forge Belmúr.

Suspiró muchas veces Arabela leyendo la carta; pero la pobre Lucía no pudo contenerse de llorar. „Mi amada señora, dixo articulando trabajosamente, el corazon tengo pasado de pena; y no

alcanzo como podeis leer con tanto sosiego una carta como esa : perdonadme si os echo en cara vuestra insensibilidad : se os da poco, á lo que veo , de que se mueran por vos... no quisiera yo , por quanto tiene el mundo , hallarme con una conciencia tan cargada como la vuestra. — Es cierto que mi beldad ha producido funestísimos efectos. El triste Hervey fué víctima de su pasion , y de sus intenciones pérfidas ; el delinquiente Eduardo está reducido á ser incessantemente atormentado por su mismo despecho : mis gracias han encendido una pasion , que ofende, á un tiempo mismo , á la naturaleza , y á las leyes ; y finalmente , el desventurado caballero Jorge , convencido de su crimen , se vota á la muerte , esperando de excitar , á lo menos , mi compa-

sion , quando ya no exista. ¿Y qué parte tengo en estas desdichas? Quisiera ser menos hermosa ; pero pues una fatal necesidad quiere que tales cosas acontezcan , menester es consolarme.— ¿ Con que dexareis morir al pobre caballero Jorge? preguntó Lucía con mucho enternecimiento.— Como no puedo darle esperanzas , preciso será que muera , si insiste en amarme.— Pero ¿ no pudierais mandarle que viviese , como lo hicisteis con el Señor Hervey , y con el Señor Glanville , que ambos os obedecieron? — Si le mandára vivir , seria tambien necesario permitirle que me amase ; pero esto es imposible, Lucía ; con que no hay medio para mejorar su suerte.— Vos sabeis lo que conviene hacer ; pero yo , que soy una ignorante , creo que es mejor salvar que destruir , por-

que esto se dice en aquel libro, que se llama la Biblia : por cierto que algun dia tendreis que responder de la vida de ese señor , si la pierde por no recibir algunas palabras blandas de vuestra parte.—No puedo negar, replicó Arabela sonriéndose , que si tu intercesion no es eloqüente , manifesta, á lo menos , una sinceridad que me obliga : meditaré sobre lo que me dices , y si fuere posible salvar al caballero , sin lastimar mi reputacion , lo haré.

#### CAPÍTULO VII.

*Conversacion sabia entre dos señoritas solteras.*

**E**staba muy enamorado Glanville para pasar la noche con so-



siégó : se atormentó mucho ; y combinó de mil modos las palabras misteriosas de su prima : el resultado fué la persuasion de que su padre , fastidiado de un carácter tan singular , procuraba descomponer su matrimonio , para proporcionarle el goce del legado de su tío. Entró por la mañana temprano en el quarto de su padre , y le dió á entender el deseo que lo molestaba de verse unido á su prima. »Mi sobrina , replicó el anciano , tiene extravagancias , que pueden llamarse ridiculeces : tú la corregirás quando seas su marido: su amor propio se docilitará ; y no dudo de que un poco de trato de mundo vuelva su entendimiento tan agradable como lo es su persona.»

Satisfecho Glanville de haber aclarado sus dudas , pasó , rebo-

sando de gozo , á ver á su prima, á quien encontró discurriendo muy seriamente con su hermana : ambas empezaban ya á enardecerse , y reclamaron juntas su mediacion. Para que el lector se instruya de esta contestacion , conviene retroceder hasta su origen. Al despertarse Arabela , lo primero que le ocurrió fué Jorge Belmúr enfermo : deseaba que no muriese , pero no podia determinarse á salvarlo con esperanzas : el caso era embarazoso ; pero , en fin , la memoria , siempre feliz , de nuestra heroina la sugirió un expediente : acordóse de que la princesa Amalásunta , despues de haber repelido al amante que su padre la propuso , condescendió en ir á verlo , para volverle una vida , que la desesperacion estaba á pique de arrancarle. Seducida por este exemplo , se

resolvió á imitarlo para con Belmúr. „No temas , Arabela , se decía á sí misma , no temas obedecer á los movimientos de tu compasion , quando la bella Amalasantu justifica este acto de humanidad.” Pronunciado este breve monólogo , pidió su escribanía para escribir al desdichado Belmúr; pero , en aquel instante mismo, mudó de parecer. Amalasantu no escribió á Ambiomer ; y esto afligió mucho á la pobre Lucía.” Temes, ya lo veo , la dixo Arabela , que abandone yo á ese amante : no le escribiré , pero me serviré de un medio mas seguro para su conservacion , qual será el de ir yo misma á expeler la calentura ardiente que lo devora. — ¿ Hareis eso , amia ? pues ya respiro. — Pero hay muchas cosas que observar en tal caso , Lucía... manda á mi coche-

ro que ponga el coche, que yo te instruiré en el camino del ceremonial.”

— Carlota entró á la sazón. Arabela la confió sencillamente que iba á hacer una obra meritoria, y la convidó á que la acompañara. „Vosotros, las damas de provincia, dixo Carlota, gustais mucho de visitar enfermos; pero yo soy poco aficionada á esa triste diversion: no obstante, te acompañaré con gusto por tomar el aire.... ¿Y á donde hemos de ir?—En casa de Belmúr: tú te quejas de su inconstancia, y yo te ruego que me perdones la parte involuntaria que pueda tener en ello: siempre creí que estaba de ti prendado; pero ha tenido la temeridad de declararme su pasión.—¿Y á causa de esa pasión que te ha declarado vas á visitarlo á su casa misma!—Sin duda: mi

corazon nada me dice en favor suyo ; pero la humanidad exíge que yo le salve la vida. » Carlota correspondió á estas confianzas con repetidas carcajadas ; de manera que dificilmente pudo recobrar su seriedad.—Inoportunamente te burlas de un amante desesperado : Doralisa reia como tú ; pero la insensibilidad no te cae tan bien como é ella.— Noto, prima mia , que siempre pierdo en las comparaciones que haces tan á menudo entre mí y tus antiguos figurones ; pero , sin embargo , te aseguro , que , por mas ligera que me creas , me guardaré muy bien de ir á buscar á un joven á su casa , sin verme constreñida por razones que la decencia , y la honestidad permitiesen.—Pues tú has concedido favores mucho mas criminales.— ¡ Favores yo ! ¡ Yo favores ! — ¿ No

lo son el permitir á tus amantes, que te hablen libremente de su amor, el no prohibirles que te escriban, y el aguantar que te abracen? Una muger, zelosa de su fama, no concede semejantes licencias hasta pasados muchos años de constancia, y hasta dadas pruebas auténticas de un amor puro, y de unos servicios importantes.— Lo que me reprochas es nada en comparacion del paso que vas á dar: te protesto que no se lo verás hacer, no digo á una persona zelosa de su fama, segun te explicas, sino á una que lo sea de su reputacion.— ¡Con que te atreves á censurar la conducta de la divina Mandana, de la altiva Amalasantata, de la bella Estatira, y de la severa Parisátis! Todas éstas tuvieron á sus amantes enfermos, y todas fueron á consolarlos.— ¡San-

to Dios , prima ! No sé donde vas á buscar semejantes nombres : ¡ Nunca has de hablarme sino de Estatiras , y de Mandanas , transformadas en divinidades por tu capricho !— Pero Amalasunta fué reyna de Turingia ; ¿ te atreverías á negar que...— Te protesto que nunca me dará gana de negar nada de lo que tenga relacion con ellas , pues ni las conozco , ni quiero conocerlas. Ademas de que es fastidioso hablar siempre de Reynas , y de Princesas , como si no hubiese nada inferior á ellas digno de nuestra atencion : esta es una afectacion ridícula , que si yo la usara , temería que se burlasen de mí. — Ya que es superior á ti la imitacion de esas sublimes mortales , te citaré personas , cuyo estado se aproxime mas al tuyo. ¿ No fué la bella Cleonisa á ver á Lig-

damis , así que supo que estaba peligrosamente enfermo?— ¿Dónde moraba esa Cleonisa?— En Sardes , reyno de Lidia. — ¡Oh ! Pues si habitaba en otro reyno que en el nuestro , pudo tener costumbres diferentes. Nunca es bueno imitar uno en su casa á los estraños. Tu Cleonisa , prima mia , no me probará que pueda ir una señorita , sin ser notada , á visitar á un joven enamorado de ella. — Yo digo , que una dama que sufre que la hagan declaraciones , que la besen la mano , y aun . . . que la abracen , no debe tener la extravagante delicadeza de que tanto alarde haces.— Y yo insisto en creer que lo que graduas de delitos no son , á lo mas , otra cosa que unas inocentes libertades , permitidas entre todas gentes , menos entre las hipócritas sabiondas ; y que solo á



una muger propia , á una hermana , á una amiga particular , ó á una parienta , es permitido entrar en el quarto en que está un hombre en la cama.—¿ Con que , segun eso , Mandana era una desenhuelta ? — Sin duda alguna , siempre que haya hecho lo que dices.— ¡ Ay , cielos ! — ¿ Qué razon tienes para tomar con tanta vehemencia el partido de las princesas ? — Si conocieras , como yo , el caracter de Mandana , mas justicia la harias: fuera de que yo la defiende sin interes alguno , pues ha ya dos mil años que murió. — En verdad , prima mia , que es extrañísimo que te indispongas conmigo por una muger , que murió mas de veinte siglos ha. » Así acaloradas estaban ambas primas , quando Glanville pidió licencia para entrar. »

## CAPÍTULO VIII.

*Questión que va á resolverse.*

Venís oportunísimamente, Glanville, dixo Arabela, para juzgar un asunto importante: sostiene vuestra hermana que es menos delito en una muger escuchar las declaraciones de sus amantes; permitir que la escriban; y disimular que la besen la mano; que el ir á visitar á un amante, reducido á la desesperacion, para mandarle que viva.—Vuestra opinion, prima, ¿es favorable á la vida?—Y apoyada sobre los exemplos de las mayores heroínas del mundo.—En ese caso, preciso es que tengais razon.—Pues una vez que la questión está resuelta, repuso ma-

lignamente Carlota , vé , prima mia , sin diferirlo , á casa de Belmúr , y ordenale que viva para ti.— ¡Pues cómo! exclamó Glanville con la mas grande admiracion : ¡Belmúr está enfermo , y mi prima piensa ir á su casa!— ¡Qué imprudente has sido en revelar lo que puede comprometer á tu hermano! Pero ya que lo sabe , yo precaveré las conseqüencias.— Os aseguro , prima mia , que nada teneis que temer de mi parte , y que es inutil que me oculteis vuestros proyectos.— No sois tan moderado como dais á entender ; pero , de qualquier modo , quiero que pongais aparte toda idea de venganza , y que confieis á mi generosidad el cuidado de vuestros intereses... Sabe que teneis un competidor en vuestro amigo ; y sabed tambien , que , por consideraciones que os tocan , re-

cibí con desvío la expresion de su amor. . . Leed, leed en alta voz lo que contiene ese papel : mostrad firmeza , y no penseis en subyugar á un enemigo vencido. „Tomó Glanville , temblando , de manos de su prima , la carta de Belmúr; y apenas leyó dos frases , quando , por mas seriedad que quiso fingir , no pudo menos de sonreirse. . . . Carlota , no tan capaz de oir , á sangre fria , una declaracion , tan extrañamente hecha , se echó á reir á carcajadas : Glanville , por no poder contenerse tampoco , empezó á toser ; pero , en fin , pudo continuar. Arabela lo interrumpió para preguntar á Carlota , ¿qué encontraba de risible en la desesperacion de un amante?“ Mi hermana , dixo Glanville , conoce tan bien á Belmúr , y sabe con tanta certeza la historia de sus infideli-

dades , que no puede persuadirse á que le haya puesto el amor en tal peligro : no os admireis , pues , de que esté mas dispuesta á la risa que á la compasion : en quanto á mí , aunque sea mi competidor , me duele su estado. — Acabad la carta , y acaso vuestra hermana no reirá hasta el fin. » Glanville miró á Carlota con seriedad , continuó su lectura , y sintió , á cada frase , nuevas tentaciones de romper en risa ; y , no pudiendo ya violentarse mas , se fingió muy colérico , arrojó la carta , se paseó por la sala , y ganó , con aquella astucia , tiempo para recobrar su seriedad. » ¿ Podeis creer , dixo , que yo os vea partir , con gran conformidad , para ir á casa de mi competidor ? Orondátes , de quien tanto me habeis hablado , y á quien he tomado por modelo ,

¿ hubiera hecho tamaño sacrificio? — Ignoro como se hubiera portado, porque no me acuerdo que se haya exigido de él igual complacencia; pero el valeroso Memnón solicitó de Barsina que fuese á ver á Oxíatres su competidor. Aun mas hizo el esposo de la divina Parisatis, pues la acompañó él mismo á ver á Lisimaco, que estaba enfermo en cama. — Mucho temo, prima, no poder imitar al valiente Memnon, ni al marido de la divina Parisatis; y pues Orontes no tiene parte en vuestras citas, haré lo que creo que él hubiera hecho. — Glanville, debo escuchar la voz de la humanidad: vos no sois tan generoso que querais acompañarme; vuestra hermana, por insensibilidad, se rie de un amante que la dexa; con que yo sola iré á su casa con mis mugeres. —

No, prima mia, no ireis.— ¡Cómo que no iré! ¿Usais de violencia conmigo?...” Glanville, con voz desmayada, añadió... sin verme morir de pena.— Ni morireis, ni me estorbareis hacer lo que debo.— Una de dos, prima, ó no ir á casa de Belmúr, ó verme espirar á vuestros pies.— Nunca se encontró muger ninguna en situacion tan apurada, exclamó Arabela dexándose caer en una silla: ¿qué partido tomaré? ¿Dexaré pe-  
recer á un desventurado á quien compadezco? ¿Puedo salvarlo á expensas de la vida de una persona á quien no aborrezco? ¡Fatalísima necesidad, tú me fuerzas á ser cruel, ó injusta, ó, acaso, las dos cosas á un tiempo!

## CAPÍTULO IX.

*Suceso que nuestra heroína no esperaba.*

**E**ntre tanto que Arabela representaba este monólogo con mucha expresión, miraba Glanville á su hermana, y la suplicaba con los ojos que se contuviera; pero todo lo que pudo hacer fue taparse con el abanico. „Prima, dixo por fin Carlota con aire irónico, te protesto que no morirá Belmúr.— En vano te lisongearas... No tiene mi orden... ¿Te parece que obedecerá?— ¡Oh! En esto te juro que será docilísimo.— Pues siendo así, voy á darle por escrito...” Glanville, satisfecho con ver desvanecida la idea de ir á casa de



Belmúr , se conformó á todo ; pero se aprovechó de la corta ausencia de su prima , para desahogarse contra su amigo. — ¿ Con que crees , hermano mio , que Belmúr está enamorado de mi prima ? — Lo está ciertamente , hermana , ó de ella , ó de sus bienes , ó , acaso , de todo junto ; pues tú convendrás conmigo en que se la puede amar sin bienes , y buscar sin hermosura. — Eso no dexa de ser cierto ; mas... — Hermana mia , los hombres tienen un tacto sobre este punto , que jamas los engaña. Si la belleza consiste en la regularidad de las facciones , en lo airoso del talle , y en una cierta gracia en todos los movimientos , nadie la aventaja. — Te lo concedo todo ; pero yo soy la que te aseguro que Belmúr no la ama. — Bien lo quisiera yo , mas las apariencias prue-

ban lo contrario.— ¿Qué dices ?  
 ¿Pues no ves que su papel es un  
 compuesto de bufonadas ? Si lo hu-  
 bieras oído hablar con ella la úl-  
 tima vez que vino... Era cosa de  
 morir de risa ; y mi pobre prima,  
 con todo eso , lo tomó muy seria-  
 mente.— Dígote , hermana mia,  
 que padezco en oír tus malignas  
 burlas sobre las flaquezas de la que  
 amo ; y en que á Belmúr se le  
 antoje usar de la misma licencia  
 delante de mí : yo...— No te com-  
 prendo , hermano mio : pocos ins-  
 tantes ha que deseabas que Belmúr  
 no amase á tu querida , y te re-  
 sientes quando hago lo que puedo  
 para tranquilizarte. » Arabela en-  
 tró en aquel momento con un pa-  
 pel en la mano. » Acabo , dixo , de  
 escribir á ese infeliz : ésta es mi  
 respuesta : leedla en voz alta : mi  
 prima puede saber lo que contie-

ne. Glanville, mortificadísimo, leyó lo que sigue:

ARABELA Á JORGE BELMÚR.

*Me ha ofendido mucho la temeraria declaracion que me habeis hecho; pero la sumision que mostrais en vuestra carta disminuye vuestro delito; y puede (si no sois á mis órdenes rebelde) mereceros un perdon generoso. Os mando que vivais, con todo el imperio que tengo sobre vuestra persona: atended á que os pido lo mismo que Parisatis á Lisimaco: imitad á este príncipe en la obediencia; procurad igualarlo en el valor; y contentaos con la estimacion, que unicamente puede concederos,*

*Arabela.*

Como la carta no era muy animadora, hubiera querido Glan-

ville que llegase á manos de su amigo ; pero temia su genio inclinado á la burla. Mientras se ocupaba , pues , en ver el modo de que la carta no partiera , entró un page con recado de que estaba allí Belmúr. Fué suma la admiracion de Arabela ; y Glanville , por no aumentarla , salió á recibir á su competidor.

#### CAPÍTULO X.

*Recobrase de su pasmo la heroína.*

Carlota , menos mirada que su hermano , no pudo ocultar lo que pasaba en su corazon así que anunciaron á Belmúr. »Prima mia, la preguntó con tono chocarrero, ¿ Es él ? ¿ O será , por ventura, su espíritu , que , antes de ir á la

morada de las sombras , viene á despedirse de ti?— Sí : el mismo es, replicó Arabela ; y presumo que viene con intencion de executar á mi vista su resolucion fatal. — ¡ Ay , Dios mio , prima ! ¡ Qué ideas formas tan raras ! ¡ Me hielas de espanto ! — Sosiegate , porque con facilidad se remedia una desgracia que se prevee.

Tan admirada quedó Carlota de la desarreglada imaginacion de Arabela , que la escuchó , sin chistar , la historia de Agilmundo , y un sin número de citas. Belmúr , entretanto , aguardaba impaciente el momento de ver á Arabela. Lisongeabase de que su carta se habia recibido favorablemente. Despues de una breve visita al Barón , pidió licencia para saludar á las damas , y lo introduxo Glanville. Fingió Belmúr un exterior.

humilde , un rostro melancólico , y un mirar vago y feroz. Arabela hizo señas á Glanville para que le quitára la espada ; pero , viendo que no la entendia , se acercó ella á Belmúr , y le dixo : „conozco que venis á que yo presencie alguna escena trágica ; pero os mando , que no deis oidos á las sugeriones de vuestro despecho.”

No aguardaba Belmúr aquel recibimiento en presencia de Glanville , y de su hermana. Pero como su imaginacion era vivísima , y su entendimiento astuto ; y como , ademas , no queria descomponerse con Carlota , ni salir desafiado con su hermano , resolvió continuar su tema burlesco , dándolo así á entender. „No os engañais , señora , dixo á Arabela , levantando al cielo los ojos , en que se veia la expresion del dolor : sí ; el criminal,

que ciertamente os ha ofendido, venia resuelto á morir á vuestros pies para desenojaros; pero ya que, usando de una bondad cruel, ¡ó Arabela divina! os dignais de conservarle una vida, que sin cesar envenenará el arrepentimiento, os obedecerá, si puede, y procurará emplearla en daros mas y mas pruebas de su respeto y sumision.—No menos esperaba yo de vuestro valor; y pues imitais tan bien á Lisimaco, no seré menos agradecida que Parisatis: contad con una estimacion, de parte mia, proporcionada á la heroica virtud que manifestais. Belmúr la hizo una profunda reverencia; y, volviéndose á Glanville, le dixo, con tono y gravedad magestuosa: „¡O vos, el mas afortunado de los nacidos, no intentéis disminuir el corto alivio que siento; no me en-

vidieis una estimacion, sin la qual me sería insoportable el peso de la vida; y basteos poseer el corazon de la divina Arabela, y ser competidor de los mayores Monarcas del mundo!" Bien que la escena fuese originalmente cómica, Glanville no estaba divertido: la estratagema de Belmúr destruía ciertamente sus sospechas; pero lo tenía indignado el ver á su prima tan ridiculamente mofada. Formalizóse mucho; dixo al oido á Belmúr que deseaba hablarle, y se retiró un instante despues; y su amigo, luego que tuvo pretexto para salir, lo fué á buscar á los jardines. Glanville le salió al paso, sin rebaxar nada de su seriedad. „Cruel, y sobradamente feliz amante (le dixo Belmúr continuando su chiste) ¿qué siniestro nublado advierto en vuestro ros-



tro? ¿Será dable que tengais zelos? ¿No estais satisfecho con las gloriosas ventajas que sobre mí teneis? ¿quisierais todavía quitarme el frio aprecio que la divina Arabela se digna concederme?— Os pido, Belmúr, que dexeis ese pomposo estilo: he deseado hablaros á solas para deciros, que es indecente que elijais á mi prima para objeto de vuestras bufonadas, y que lo llevo muy á mal: deberiais conocer que no es de aquella especie de mugeres con quienes pueden ligeramente aventurarse semejantes libertades. Os digo, pues, baxo el doble título de amante, y de pariente, que no lo sufriré de nadie.— ¡O suerte cruel! exclamó Belmúr, levantando sus ojos al cielo: ¿he de ser siempre objeto de tus persecuciones? ¿he de ver en mi amigo, sin causa alguna,

un competidor , y un contrario ?  
¿ ha de disputarme , aun á vista  
de mi resignacion , una felicidad,  
que en nada perjudica á sus inte-  
reses? . . . Pero ya que así es , con-  
tinuó diciendo enfurecido , ¡ hiere,  
amigo inhumano , hiere este pecho  
donde está estampada la imagen de  
la sobrehumana Arabela , y no  
creas que me sea posible defender-  
me del que ella ama ! — Todo eso  
es bellissimo , replicó Glanville,  
violentándose para no reir ; pero  
no viene al caso. — Sea , pues , lo  
que tú quisieres , querido Glan-  
ville ; mas no pretendas comuni-  
carme tu risible gravedad. — Dos  
palabras no mas tengo que deci-  
ros , Belmúr : ó comportaos dife-  
rentemente con mi prima ; ó pen-  
sad en haberlas conmigo por lo  
que la insultais. — Ya , ya lo en-  
tiendo ; quereis decirme , que por-

que se os antoja ofenderos de una cosa que nada importa , es necesario correr el riesgo de que me paseis de una estocada : gran locura sin duda alguna ; pero pues la costumbre ha hecho ya de ello una necesidad , sigamosla , Glanville, y que sea ahora mismo , si que-  
reis. Con todo eso , os aseguro que gime mi corazon de medir la espada con mi amigo , y con mi compañero de colegio , por una niñería.— No es necesario reñir , dixo Glanville , convencido de lo que acababa de exponerle la amistad: he puesto una alternativa , y extraño ( esto lo añadió con sentimiento ) que elijais el partido que debe seros mas costoso. El flanco de mi prima , que alimentais , no puede , á lo mas , proporcionaros sino un entretenimiento proscripto por todos los de buen corazon:

y á mí me resulta un verdadero pesar : sed justo , y conoceréis que nada puede mortificarme mas que el mantener en sus ridiculas ideas á una persona que ha de ser mi muger , haciéndola un objeto despreciable. — Mas que yo faltais vos mismo á vuestra prima , Glanville : no es de maravillar que una muger sola , y educada en el campo , haya leído muchas novelas , y modelado por ellas su modo de pensar : ella sabe la historia de los heroes , y heroínas , como debiera saber la de los personajes mercedamente ilustres ; pero encuentro sus rarezas menos desagradables que las que se toleran á las mugeres en la sociedad general. — Luego sería perfecta sin esas quimeras , replicó Glanville : no la afirméis , pues , en sus ideas , y , al contrario , ayudadme á destruir-

selas : debeis hacerlo como amigo, é interesaros en ello como su vecino.— Pues que ya no se habla de amenazas , mi estimado Glanville , os prometo hacer quanto querais ; pero es menester que mi heroismo disminuya por grados , y que yo recobre con decencia mi carácter ; pues , de otro modo , se la haria mi presencia odiosa.” Arabela y Carlota se presentaron , despues de esta conversacion y convenio ; y Belmúr y Glanville las salieron al encuentro. Arabela se desvió ácia un paseo separado ; y Glanville iba á seguirla , quando advirtió que su padre dirigia sus pasos ácia ella.

## CAPÍTULO XI.

*Renuevase una equivocacion, y aclárase otra.*

**A**rabela, que vió á su tio venir, procuró evitar su conversacion; pero éste avivó el paso, y la alcanzó. „No te escaparás, sobrina mia, la dixo, tomándola una mano!” Arabela, cortada, lo miró con miedo, y con desvío. „Soltad mi mano, señor, y no me forceis á olvidar el respeto que os debo, y á castigar el insulto que me haceis.” Maravillado el Baron, soltó la mano, fixó los ojos callando en su sobrina, y luego la preguntó ¿si era á él á quien se dirigía el termino de insulto?— „Ciertamente que sí, replicó Arabela, y me mortifica mucho la pre-

cisión de haberlo de usar. — Pí-  
dote que me digas , sobrina , ¿ qué  
motivo te mueve á propasarte con-  
migo de ese modo ? — Sois herma-  
no de mi padre , y conozco el res-  
peto que este título aconseja. Siem-  
pre que os límiteis á él , encon-  
trareis en mí quantas consideracio-  
nes os son debidas. — Nada de eso  
entiendo , y quisiera que me dixe-  
ses de que estás resentida , en tér-  
minos menos ambiguos. — Mejor  
que yo podeis conocer la especie  
de ofensa de que me quejo , por-  
que no me parece decente reve-  
lar lo que la honestidad no per-  
mite sufrir. — ¡ Por Dios santo !  
exclamó encolerizado el Baron :  
¿ Qué es lo que quieres decir ?  
¿ Has jurado volver locos á quan-  
tos te rodean ? — ¡ Ay , tio ! No  
permitais que una pasion ciega vul-  
nere para siempre vuestras virtu-

des.— Sosiegate , sobrina : soy dueño de mí mismo ; pero si creo que , en mi lugar , pocos tendrían tanta paciencia debida solo al tierno afecto que te tengo. — No digais mas : os lo suplico ; llevad á otra parte esos afectos odiosos ; y dexad de perseguir á una sobrina , que se reprende unicamente la flaqueza de compadeceros. — ¡ Dios eterno ! gritó el tio , dando algunos pasos atrás : ¡ Qué tanto compadezco á mi hijo ! ¡ Qué no diera yo porque no estuviese enamorado de una criatura tan ridícula ! — No creais que vuestro hijo sea para vos un obstáculo : os juro que del mismo modo pensaría , si no existiese. — No creí , sobrina , que mis proceder hubiesen merecido el odio y el desprecio , que expresas con tanta libertad ; mas pues ello es así , dexo tu quinta , y te



entrego á tu ingratitud. — ¡Ah, no! no me acuseis de ingrata : pongo por testigo el cielo de que jamas entró en mi corazon ese vicio. Si no hubierais olvidado que era vuestra sobrina , os hubiera mirado siempre como un segundo padre, que debia suplir la pérdida del que me dió el ser ; pero una vez que la Providencia dispuso que no tuviese yo este consuelo , me someto á sus decretos resignada : partid , pues , tio sobradamente infeliz , añadió vertiendo lágrimas, partid ; y ¡oxala que , con la ausencia , recobreis vuestra tranquilidad ! Quando me deis pruebas de haber triunfado de los sentimientos , que nos hacen mutuamente infelices , estad cierto de que hallareis en mí consideraciones , miramiento y veneracion. » Acabó de hablar así , se separó de su tio , y

lo dexó admiradísimo, de manera que estuvo algun tiempo en ademán de muy apesadumbrado, y tan absorto, que no oyó la voz de su hijo, que llegaba á saber el resultado de la conversacion". ¿ Con qué, padre mio, preguntó Glanville, he hecho algunos progresos en el corazon de mi prima? Sin duda acabais de hablarla de nuestro matrimonio.— Te pido, hijo mio, que no vuelvas á hablarme de Arabela, porque es tan indigna de mi ternura, como de tu amor. » Al oír esto Glanville, quedó pasmado: salióle al rostro la pena, y la sangre que de sus venas se retiraba era anuncio de un movimiento violentísimo en su corazon." Estoy pesaroso, continuó el anciano, de que ames á una muger tan ridículamente caprichosa. Si llegare á serlo tuya ( que aun lo du-

do) preveo que serás el hombre mas desventurado : creeme , hijo : no pienses mas en ello ; contentate con lo que mi hermano te dexó , que estos bienes , juntos con los míos , te pondrán en el caso de encontrar una muger , que , acaso , se glorifique de ser tuya. — No , conozca ninguna , padre y señor , replicó Glanville suspirando , capaz de borrar de mi alma el amor que tengo á mi prima : me lisongeaba de que empezaba á amarme... Por Dios decidme lo que entre vos y ella ha pasado , y quales son sus motivos de repulsa , ó sus razones. — ¡ Razones ! Tan imposible es hallar razon en ella , como hacerse la entender : quantas veces he querido hablar de ti , me ha interrumpido con frases obscuras y misteriosas , de que nada he podido comprender. — ¡ Ah , padre !

supuesto que no se ha explicado, todavía no debo desesperar. — Pero me ha dicho cosas, que me han parecido muy impertinentes, aunque no las he entendido: en fin, su modo de portarse conmigo me repugna tanto, que ni quiero vivir mas tiempo con ella, ni entender en sus negocios. — Suspended, porque os lo ruego, vuestro resentimiento: aquí hay alguna equivocacion; tiene mi prima, es cierto, un caracter muy raro; pero tambien un alma honrada, y sensible: voy á buscarla, y á procurar ponerlo todo en claro. — Haz lo que quieras, hijo mio, pero preveo que tus diligencias serán inútiles. Su cabeza está trastornada: no se la debe entregar el manejo de sus bienes; y conozco que, cargándome con este manejo, tendré disgustos. — Persuadido,

pues, Glanville á que su prima tenia culpa, no intentó justificarla. Acompañó á su padre á su quarto, y fué á ver á Arabela. Tenia ésta apoyada la cabeza sobre una de sus manos, y los ojos fixos sobre un libro abierto. Alegróse Glanville de encontrarla sola, la dió disculpas de haberla interrumpido, y se sentó á su lado. Cerró Arabela su libro; notó agitación en los ojos de su primo; y mostró deseos de saber la causa." Acabo de dexar á mi padre inquietísimo por algunas proposiciones que os ha oido; teme haberos agraviado; é ignora sus culpas. — ¿ Os ha informado vuestro padre del asunto de nuestra conversacion? — Sé lo que tenia que deciros, si hubierais usado la bondad de escucharlo: era cosa relativa á mí. — ¿ A vos? ; Pobre Glan-

ville ! ; Quánto compadezco vuestra ciega credulidad ! No soy la que debo desengañaros ; pero sí la que debo daros un consejo... Creedme : nunca confíes vuestros negocios á persona interesada en abogar mal por vuestra causa. » Contento quedó Glanville con saber que la desavenencia entre su padre y ella procedía de una sospecha que le era favorable : aseguróla de que nada anhelaba tanto su tío como merecer su estimación ; y que su objeto , en procurar hablarla á solas , no era otro que manifestarla lo mucho que deseaba darla el título de hija. Como Glanville conocia tanto el carácter de su prima , no se atrevió á hablarla naturalmente , y usó de rodeos , y de astucias. Arabella , no queriendo confesar lo que pensaba del anciano , respon-

dió friamente , que deseaba que así fuera ; pero que dudaba de la sinceridad de su tío hasta que tuviese pruebas de ella. Impaciente Glanville de noticiar á su padre el error en que estaba , corrió á buscarlo. » Es posible , hijo mio ; ( le dixo el anciano , así que le hubo enterado ) que fuese tan loca tu prima que creyese que yo la proponia otro marido que tú ? ¿ Qué razon tiene para forjarse semejantes quimeras ? .. Piensa unas extravagancias que disgustan mucho ; pero es uno de los mejores partidos de Inglaterra. . . la pobre muchacha tenia razon para enfadarse , si tal cosa creia : me acuerdo que lloró quando la dixe que me ausentaba ; y no obstante , tuvo valor para conformarse. . . ¿ Podia yo adivinar tal pensamiento ? Voy , hijo mio , á reconciliarme

con ella." Fue en efecto á buscarla. „Sobrina mia, vengo á disculparme contigo de haberte, sin intencion, inducido á creer que... — Vuestro proceder es sobradamente humilde : sois mi tio, y no debo permitir sumisiones de parte vuestra : éste título os dispensa de disculpas. — Te protesto que nunca he... — De todo me olvido, tio y señor : no recapitulemos nada. — ¿ Puedo, en fin, esperar que... ¡ Ay, cielos! ¿ Tendreis aun presuncion para alimentar una esperanza que la naturaleza, y las leyes desapruedan? No : no esperéis cosa alguna. — El demonio anda en esto, dixo entre dientes el Barón... Te juro, por lo mas respetable y santo que hay en el mundo, que queria hablarte en favor de mi hijo. — ¡ En favor de vuestro hijo!... En fin, sois justo; pe-



ro ¿persistireis?— A fé mia, sobrina, que renuncio al intento de convencerte, porque es imposible.— No, tío mio: no lo es; mis deseos, de acuerdo con lo que me decis, contribuirán á persuadirme.

Iba el Baron á abrir la boca; pero Arabela lo interrumpió diciéndole: tío, hay casos en que el silencio prueba mas que las palabras: creedme, y elegidlo: Irritose el Baron de una orden tan seca de parte de su sobrina, y ya iba á salir de malísimo humor, quando avisaron que estaba la sopa en la mesa. Arabela entónces, con graciosa sonrisa, le presentó la mano, y lo acompañó hasta la sala de comer, donde estaban Belmúr, Carlota, y Glanville.

## CAPÍTULO XII.

*Conversacion en que no se entienden.*

**L**isongeoó tanto á Arabela la exposicion de su tio , que , en un momento , recobró toda su jovialidad. Belmúr continuaba fingiéndose melancólico , y la oia con suma atencion : habló con tanta viveza y talento , que embelesó á todos hasta el punto de olvidar sus ridiculeces. Glanville la miraba mas apasionado que nunca : Belmúr con admiracion ; y el tio sorprendido y gozoso. Carlota tuvo zelos de las impresiones que causaba su prima , y de la superioridad que sobre ella tenia : por lo mismo , aguardaba , con impaciencia , el instante de desvanecer una conversacion en

que no entraba. Hablábase de la historia antigua, y se aprovechó diestramente de la primera ocasion para poner á su prima en el camino de ridiculizarse. „Quisiera saber, dixo á Belmúr, fingiendo mucha sinceridad, si las mugeres iban antes á la guerra, porque mi prima suele hablar de una tal Taltris, que debia ser, segun mi cuenta, tan animosa como el mas valiente de nuestros soldados.” Glanville arqueó las cejas, y miró á su hermana con enojo, esforzándose, al mismo tiempo, á entablar otra conversacion. . . No pudo sumergirse la pregunta. Arabela dexó hablar á Glanville quanto quiso; pero despues; volviéndose á Belmúr, le dixo: „Mi prima estropéa algo los nombres propios; pero sé que ya comprendéis que quiere hablar de la famosa Talestris.” ¿ Con qué se

ha de decir Talestris? preguntó Carlota... Pero ¿existió esa muger?— Sí, señora, respondió Belmúr: era reyna de las Amazonas, mugeres belicosísimas, que poseían una parte de la Capadocia, y que extendieron sus conquistas hasta formar una nacion formidable.— Ya ves, prima mia, que no te engaño quando te hice un elogio de dicha reyna. Muchos príncipes imploraron su socorro, y su presencia aseguraba en todas partes la victoria.— ¡Tate, tate, sobrina! ¿Qué es lo que dices?... Nunca fueron tan viles los hombres que entregasen á una muger el mando de un ejército: tu historia es inverisimil.— ¡Pues como, tio! ¿Queréis contradecir un hecho, aseverado por los Historiadores mas famosos? Eso fuera lo mismo que negar las gloriosas acciones de

Orondates, y de Juba. — ¿Quiénes eran esos señores? — El uno rey de Escytia, y el otro príncipe de ambas Mauritánias. — Así conozco la Mauritania, como la Escytia, repuso el Barón: ¿no están en la luna esos dos reynos? — Tan conocidos son, tio, como la Francia, y la Inglaterra, y no dudo de que todavía reynarán los descendientes de dichos dos grandes príncipes. — Venero mucho, dixo Belmúr, á Artabano, y á Juba; pero admiro mas al primero. — Pocos heroes hay, añadió Arabela, que merezcan serle preferidos; pero vuestra parcialidad tiene una causa que es particular: lo acusaron de infiel; y vuestra constancia no pasa por exénta de sospechas. „Encendiósele el color á Arabela dicho esto, y Belmúr suspiró.” Si tengo la honra, señora, de parecerme

al gran Artabano, veo que es por ciertas relaciones que desaprobais: se atrevió á amar á una divinidad, y yo he tenido igual audacia.— ¿Y quién te ha dicho, sobrina, que Belmúr es infiel?—Glanville; y creo que dixo bien, porque Belmúr no ha procurado destruir la tal imputacion.— ¡Un infiel! No hay cosa mas comun que la irreligion, continuó diciendo el Baron; mas yo espero que sus máximas nunca corromperán el corazon de mi hijo. La fé es un velo, que nunca se alza sin gran riesgo de las costumbres.—Tío, no condenemos á Belmúr hasta que nos haya contado sus historias.— No insistas en eso, sobrina mia, porque hay circunstancias que no conviene revelar: los infieles no hacen regularmente una vida muy exemplar.— Belmúr solo debe temer á

mi prima , y á mí , y ambas estamos dispuestas á perdonarle las faltas de que se confesare.— Respondes por ti ; pero apuesto á que mi hija no piensa lo mismo.— Su caracter, tio mio , se parece mucho al de Julia , y por eso no se ofenderá , hasta cierto punto , de la narracion de algunas infidelidades.— Tus comparaciones me lisongan siempre , prima querida , repuso Carlota con ironía , porque sé que resultan á mi favor.— No os ofendais del paralelo ; añadió Belmúr , porque Julia era una de las princesas mas hermosas del universo.— Bien ; pero su corazon tuvo algunas variaciones... No digo que mi prima se la parezca en esto , pues lo mas que puede reprochársela es algunas ligerezas.— Las ligerezas , segun creo , prima mia , son un defecto.— Lo son ; pero , acaso , las ligerezas propor-

cionaron á Julia tantas conquistas como sus ojos , que , sin los de Cleopatra , hubieran sido los mas bellos del mundo.— ¡Cleopatra! exclamó el Baron : ¿Pues no era una suiza? — Segun la pregunta, tio , no la conoceis ; pero , en vez de disertar , oigamos la historia de Belmúr. ¿Para qué? Temo , continuó Arabela , dirigiéndose al mismo , que vuestra modestia no os obligue alguna vez á disfrazar la verdad ; y , bien considerado , mejor fuera oirla de boca del escudero que participó con vos de los peligros y de los triunfos.— Mas seguro estoy que él , señora , de haceros una fiel narracion : es para mí cosa dulcisima obedecer á vuestras órdenes , por mas que mi modestia sufra , revelandoos acciones , que pueden haber llegado á vuestra noticia , por haber el Pú-



blico hablado de ellas muy favorablemente. Hecho este preambullo, se puso Belmúr una mano en la frente, y permaneció algun tiempo en la postura de un hombre que recorre su memoria. A pesar del extraño papel que representaba Glanville en esta comedia, deseaba con ansia ver cómo saldría Belmúr de su apuro. Carlota, que fiaba en su imaginacion, se divertia de antemano; pero el Barón, desconfiado de que pudiese haber cosa de importancia en la vida de un mozo libertino, se fue al jardín: la lluvia le estorbó el paseo, y lo precisó á escuchar como los otros. Belmúr contó, en fin, su historia, tal qual está en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO XIII.

*Historia de Jorge Belmúr.*

**A**unque no parezco sino un caballero particular, mi nacimiento es, con todo, muy ilustre. Fueron mis ascendientes testas coronadas: debieron la Soberanía á su valor, y la perdieron por una inesperada y constante série de desdichas. » ¡Pues qué! interrumpió el Baron: ¿descendeis de un monarca? Nunca me lo habeis dicho: por cierto que ignoraba tuviese vuestra genealogía esa ilustracion: ¿quánto ha que murió el último rey de vuestra raza? — Señor, no habrá mucho mas de ochocientos años: mis ascendientes eran Saxones; reynaron en Kent; y descien-

do, en línea recta, del primero de estos reyes. — Pero ¿dónde está ese reyno de Kent? — Está ceñido, al poniente, por la provincia de Sussex; al oriente, por la de Surrey; al mediodia, por la mancha; y al norte, por el estrecho de Douvres; y separado de las provincias de Essex y de Middlesex por el Támesis, de la parte del norte. — Grandísimo reyno, á la verdad, dixo el Baron, porque no es mas que una provincia de Inglaterra: si vuestros ascendientes fueron reyes, convenid conmigo en que fueron unos reyes muy tristes. — Pequeños ó grandes, dixo Arabela, ello es que auumentan mi estimacion á Belmúr: un noble origen aconseja siempre un noble modo de pensar.... Consolaos, desventurado Príncipe, que si la fortuna os des-

pojó de vuestro reyno , no del va-  
 lor , y de la virtud. Acaso la Pro-  
 videncia os favorecerá algun dia,  
 haciendooos entrar en vuestros de-  
 rechos. — Pero... pero... sobrina  
 mia , ¿ cómo puedes albergar en tu  
 cabeza tan descabellados pensa-  
 mientos ? ¿ Piensas que un reyno  
 se gana tan fácilmente ? ¿ Y que un  
 jóven atolondrado , sin ejército,  
 y sin armada , pueda lisongear-  
 se con una esperanza tan qui-  
 mérica ? — El grande Artabano,  
 replicó Arabela , no tenia armada  
 ni ejército , y... pero dexemos  
 esta disputa para escuchar á Bel-  
 múr. — Es inútil , continuó el nar-  
 rador , informaros de las desgra-  
 cias de mi familia , y daros á co-  
 nocer las gradaciones que la han  
 llevado insensiblemente al estado  
 en que se encuentra : sobrada exác-  
 titud en mi narracion cansaría se-

guramente vuestra paciencia , y una menuda descripcion de mis cosas me afligiria. Direos sencillamente que mi padre , hombre pacífico , gustaba de la tranquilidad , y que pasó su vida cultivando la porcioncilla de tierra que habia heredado del Príncipe Veridomer , mi bisabuelo , sin haber pensado nunca en recobrar la soberanía de Kent. — ¡ Qué diablos de cuento es ese ! interrumpió el Baron : he conocido á Eduardo Belmúr , vuestro bisabuelo , y no creo que ninguno , en la provincia de Kent , le haya llamado el Príncipe Veridomer : ¡ quitad allá , Belmúr ! ¡ quitad allá ! decid quanto quisiereis ; pero , á lo menos , no salgais de la verisimilitud. » Belmúr , sin descomponerse , continuó su historia. » Tal era el estado de las cosas quando nací : pasaré tambien en silen-

cio las menudencias de mi infancia. — Y hareis bien, añadió el Baron: sin duda llevariais muchos azotes, y este es asunto de ninguna importancia. — Os engañais, tio mio, porque las niñeces de las personas ilustres tienen siempre algo de raro; y en ellas se descubre regularmente el germen de su grandeza. — Por no cansar al señor Baron, siguió diciendo el jóven, no repetiré las primeras acciones de mi vida; aunque conservo memoria de que las graduaron de maravillosas, y pronosticaron que me sucederian cosas singulares. — A la verdad, amigo, dixo el Baron, que he sido testigo de algunos pronósticos que no os eran favorables, porque erais el mas descarado picaruelo que en mi vida he visto. — Cierto es que mis inclinaciones inquietaron á mi

padre, quien cuidó escrupulosamente de mi educacion, y yo correspondí á sus cuidados con mucha docilidad : á los trece años hacia con gracia y destreza quanto me habian enseñado ; y era, si así me atrevo á explicar, la admiracion de quantos me conocian. — Mi sobrina recelaba de vuestra modestia, y creo que hacia bien, dixo el anciano sonriéndose. — Mi padre advirtió los destellos de mi talento con cierto placer mezclado de desasosiego : temió que mi valor no me arrebatase á algunas tentativas para recobrar un reyno á que tenia derechos, y que ellas me acarreasen la muerte : evitó quanto pudo hablarme de mi nacimiento, y se reprendió muchas veces el haberme dicho que yo era legítimo heredero del reyno de Kent. ¡ Pluguie-

ra á Dios que todavía lo ignorase! — No cabe guardar mejor un secreto, interrumpió el Baron, porque nunca oí hablar de eso, ni creo que nadie tampoco. — A pesar de los esfuerzos de mi padre para contenerme en los límites estrechos en que nací, conocia yo que mi alma y mi modo de pensar se elevaban á pesar mio, y ardía yo de impaciencia por seguir las huellas de mis ascendientes. . .  
 ¡Destino bárbaro! solia yo exclamar algunas veces, preñados los ojos de lágrimas: ¿No era bastante haberme quitado un trono? ¿Era todavía necesario, para darme mejor á sentir la baxeza de mi estado, forzarme á tributar respetos á los que disfrutaban los despojos de mi desgraciada familia? ¿Era tambien preciso darme un alma incapaz de doblarse: atormentada in-



cesantemente con el deseo de adquirir gloria; y sin poder consolarse con la esperanza? ¡Ah, desventurado Belmúr! ¿Quién te impide darte á conocer por lo que eres? ¿Quién, que defiendas una causa tan legítima delante del pueblo, y que desafies al usurpador.? — ¿Quién os lo impide? añadió el Baron, no es difícil la respuesta, el miedo de ser ahorcado, pues nadie ignora que se ahorcan á los locos que se atreven á los reyes.

Tales eran, señora, las ideas que mi imaginacion me sugeria, y y que me hubieran arrastrado á grandes empresas, si una pasion mas dulce, pero acaso igualmente peligrosa, no hubiera apagado aquel fuego devorador, que habia encendido en mi alma la ambicion, y el amor de la gloria.

Detúvose Belmúr , tomó mayor gravedad su semblante , y clavó los ojos en tierra , como poseido de algun recuerdo afectuoso y triste. Glanville le preguntó ¿ si pensaba todavia sériamente en la pobre Doly. „Contadnos , le dixo , sin disfraz , vuestra primera aventura ; ó , si gustais , os ahorraré el trabajo , pues ya sabeis que he conocido á esa bonita lechera , y que puedo decir quanto pasó entre ella y vos.” — Verdad es , continuó Belmúr , suspirando , que no puedo acordarme sin ternura de Dorotea , de aquella pastora infiel , que me enseñó á suspirar , y que pagó tan mal mi cariño... No obstante , haré por continuar. Cumplí los diez y siete años sin haber experimentado el poder del amor ; aquel poder que me fue tan fatal. Hallándome cierto dia en la

caza con mi padre , y con mucha gente que nos acompañaba , me perdí , y me encontré , despues de haber vagado mucho tiempo, en un valle circundado de árboles. Fatigado de mis correrías , eché pie á tierra , y até mi caballo , y , buscando un sitio cómodo para descansar , divisé una muger tendida sobre la yerba : movido de la curiosidad , fui hácia ella sin ruido, por no interrumpir su sueño. ¡ Qué espectáculo , santos cielos ! ¡ Qué fue lo que ví ! Aquella beldad parecia de unos diez y seis años ; su talle era perfecto ; una de sus manos sostenia su cabeza ; la otra, negligentemente caída sobre la yerba , dexaba ver un brazo hermosísimo ; y una muselina , que cubria su seno , permitia á los ojos traslucir una garganta blanca como el alabastro ; en fin, su amable per-

sona reunió toda mi atención. Es cierto, señora, que en ninguna parte, excepto en vuestra casa, pudiera encontrarse cosa tan perfecta: su tez era blanca como la azucena; el encarnado de sus mejillas tenía la frescura de la rosa acabada de abrir; sus colorados labios, entreabiertos, dexaban ver dos carreras de perlas, que debían su esmalte á la dulce fragancia de su aliento; su pelo, de un negro hermoso, hondeaba, al descuido, sobre su cuello; y contrastaba lindísimamente con la blancura de su piel; y sus ojos cerrados se dexaban adivinar quales serían. Estuve como en éxtasis por mucho tiempo: combatieronme muchas cosas á la vez para expresar mi admiracion. ¡Ah, dioses! exclamé por último: ¿Es posible que no se sepa que tal hermosura

existe? Mi exclamacion , aunque articulada en voz baxa , despertó á la pastora , y abrió los ojos. No es dable , señora , explicaros lo que sentí al verlos : mis ojos eran sobradamente débiles para sufrir el resplandor de los suyos : alejéme un poco para contemplarlos ; mas cada rayo que me lanzaban , encendia nuevo fuego en mi corazon. ” ¿Quién diablos , pues , era esa ninfa? ” Preguntó el Baron , admirado de aquella descripcion pomposa. — Una lechera muy bonita , llamada Doly , replicó Glanville con mucha seriedad : bien la pudisteis ver en vuestra casa de campo , á donde iba con frecuencia á vender requesones. — ¡ Sí , sí ! me acuerdo : era ciertamente linda : ¿ Con que los ojos de esa lechera fueron los que os hicieron el corazon ceniza? Ya pronostico cómo

se terminó la historia ; pero oigamos hasta el fin. — El enagenamiento que me poseía me dexó inmóvil y callado : ella mostró susto , así que advirtió que yo la contemplaba , y dió á huir con increíble agilidad ; prestóme el amor sus alas , volé tras ella , y la alcancé al instante. „No huyais , la dixe , arrodillándome delante de ella : ” ó sois alguna divinidad , ó la muger mas hermosa del mundo ; y así , ó no rehuseis mis adoraciones , si sois lo primero ; ó mirad favorablemente á un hombre , cuyo respeto es tan puro como el incienso que se ofrece á los dioses. — Nunca habria oido la pobre Doly cosas tan bellas , dixo el Barón : ¿ No se sorprendió mucho ? — Aguardad un poco , padre mio , añadió Glanville riéndose : ella responderá bien. ” — Algo se sor-

Prendió la pastora á la verdad: un color encendido cubrió involuntariamente su bella cara; pero, ya mas repuesta, me habló en estos términos:

»No soy una divinidad; y por consiguiente son inoportunas vuestras adoraciones; pero, si algun respeto os produzco, dadme pruebas de ello, no diciéndome cosas que mi sexô no debe oír, y que me prohíbe creer la desproporcion que parece que hay entre vos y yo. — Bien respondido, replicó el Baron; ya empiezo á amar á esa muchacha. — Me enamoró su modestia tanto como su persona: no temais, la dixé, pastora adorable, escuchad las ansias de un corazon, que suspira por la primera vez: la llama que lo consume es activa al par de pura y encendida por vuestras gracias: ¿po-

dreis mostraros insensible? — Ya observais, señora, que como yo miré aquella hermosura solo baxo el aspecto de una pastora sencilla, la hice una declaracion extensisima, sin guardar las formalidades que hubiera guardado con otra persona de mas alta clase; pero ella me respondió con tanto decoro, que la sospeché muger de nacimiento ilustre: todo contribuyó á confirmarme en aquella idea, hasta que, por último, conocí en ella una heroina disfrazada: díxome que se llamaba Dorotea, y que era hija de un arrendador de la vecindad: con esta confesion adquirí atrevimiento; y entonces la hablé mucho tiempo de amor, sin miedo de ofenderla. — Hicisteis muy mal, respondió Arabela, porque si Dorotea era tal qual me la habeis pintado, seguramente os



ocultaba su nacimiento , y la debisteis , por lo mismo , ciertas consideraciones. La bella Arsinoé , princesa de Armenia , se vió precisada á disfrazarse , y pasó mucho tiempo , con el nombre de Delia , vestida de labradora. Filadelfo , príncipe de Sicilia , fue mas generoso que vos , pues la trató con respeto , enamorado de ella. El príncipe Filoxîpes amó á la hermosa Policreta , sin saber que era hija del gran Solon ; y aunque la tenia por una extranjera , hija de padres pobres , su pasion fué delicadísima. No debisteis , pues , separaros de su imitacion.— Confiesoos , señora , que no pude creer á Dorotea : ocurrieron á mi memoria las princesas que acabais de nombrar : creí por un instante que fuese la hija de algun rey , ó , á lo menos , de algun legislador ; pero

el amor suele ser osado ; y como le dí oídos , me salia mejor la cuenta tratándola como una simple pastora. Ella escuchó mis protestas sin agraviarse , y condescendió benigna en que no me aborrecia : semejantes principios me prometian unas conseqüencias felices. Separéme de aquella beldad asegurándola mil veces de mi ternura , de mi fidelidad y constancia. Exígi de ella la palabra de que acudiria al mismo sitio las mas veces que pudiese , donde recibiria nuevos testimonios de mi amor. Al dexarnos , me pareció que el alma se me arrancaba del cuerpo : seguíanla mis ojos ; envidiaba yo la tierra que pisaba ; y tenia zelos del céfiro que la iba acariciando. Permanecí mucho tiempo en la misma postura en que me dexó , meditando en la mudan-

za que notaba yo en mi ánimo , y en la imagen de mi adorada pastora. Empezaba la noche á correr su velo ; era necesario volverme á buscar á mi padre ; monté á caballo ; tomé el camino que me habia traido al valle ; y no tardé en reunirme á los cazadores.

#### CAPÍTULO XIV.

*Continuacion de la historia de Belmír.*

**F**requenté algunos meses el trato de la encantadora Dorotea, lisongeadó de haber casi hecho la conquista de su corazon ; pero ¡ay ! ; Quánto me engañaba ! Al mismo tiempo que me juraba un eterno amor , se casó con quien su padre quiso , y me entregó , sin remordimiento , á la mas funesta deses-

peracion. No os repetiré las quejas que dí al cielo, ni tampoco os pintaré, como cosa inutil, el torrente de lágrimas que derramé: valime de todo mi esfuerzo; llamé á la razon en mi auxilio; y, en fin, tuve valor para triunfar de mi pena, y para no pensar mas en la ingrata Dorotea. Confieso que otra hermosura acabó mi curacion; y he aquí, sin duda, una de las infidelidades que mis enemigos me echan en cara. Sed, como os lo ruego, mi juez en este asunto.—Vuestra desesperacion, en dictamen mio, ha sido muy tranquila; pero no os juzgaré hasta estar instruida de lo restante de vuestras aventuras: proseguid.—El amor á la gloria ocupó muy presto el lugar de la pasion que tuve á Dorotea; y no aspiré á otra cosa que á la felicidad de señalar-

me por algunas grandes acciones. Supe que marchaba un ejército á una expedición secreta ; dexé la casa paterna , y me alisté en él la víspera de la famosa batalla de \*\*\*: en ella hice acciones de mucho valor , sin darme á conocer ; el General me atribuyó la honra de aquella jornada ; y me buscó para darme un testimonio de su gratitud. Por desgracia , me enardecí en el alcance de los enemigos , y me encontré en la necesidad de hacer frente á quinientos hombres... — Me hareis el gusto , interrumpió el Baron , de decirme la época de esa batalla célebre : vuestros amigos no tienen conocimiento alguno de vuestras lucidas acciones ; y si la memoria no me engaña , nunca habeis servido... Sobre esto hay que la fama es injustísima en no haber publicado

acciones tan maravillosas.— He sido tan modesto , señor , que nunca mis amigos pudieron sospechar que yo fuese el bizarro caballero negro , cuyo extremo valor ha tenido tanta celebridad. El accidente que voy á noticiar á esta señora estorbó , sin duda , que yo no fuese descubierto... Viéndome, pues , rodeado de tantos enemigos, me determiné á vender cara mi vida.— ¡ Con que os detuvisteis! dixo el Baron : por vida mia que fuisteis un desatinado merecedor de que os hicieran añicos , porque ningun hombre se ha puesto jamas á pelear solo contra quinientos armados... Mas ¿ á que contesto á semejantes absurdos?... No imaginaba yo que supieseis tan bien"... Belmúr lo atajó astutamente para que no acabára una frase , que podia exigir una réplica fuerte , y

continuó su historia. Me respaldé contra un árbol gruesísimo, para no ser acometido por la espalda; y, haciendo frente al mas valeroso de la tropa, le corté un brazo de un solo golpe; y, al mismo tiempo, rompí á uno el corazon de una estocada, tan vigorosamente, que con la misma pasé de parte á parte á otro que lo seguia... El Baron soltó aquí una grandísima carcajada, y, queriendo divertirse á costa del narrador, le dió palabra de no interrumpirlo.

„Sin duda penetráis ya, señora, continuó Belmúr, que los enemigos, pasmados de mi valor, doblaron sus esfuerzos para vencerme. Habia yo tomado felizmente una situacion tan ventajosa, que no podia ser acometido mas que por quatro, ó cinco á un tiempo, El riesgo me prestó fuerzas, y la

muerte gobernaba mi brazo : en fin , en menos de un cuarto de hora tendí muertos á mis pies á cincuenta hombres , cuyos cuerpos me sirvieron de trinchera : el comandante de aquel corto número de soldados fue tan poco generoso que no se sintió movido al ver mi valor , sino , al contrario , se encolerizó contra sus gentes quando las vió ya tímidas. ¡ Cobardes ! les gritó : ¿ Teneis miedo á un hombre solo , y vacilais en vengar la sangre de tantos valerosos camaradas que teneis muertos á la vista ? Estas palabras , pronunciadas con firmeza , los encarnizaron de nuevo : hallábame yo con muchas heridas peligrosas ; corriame por todas partes la sangre ; y , sin embargo , no sentía yo disminuidas mis fuerzas : peleé , pues , con inaudito vigor , esperanzado en que al-



gun bizarro caballero acudiria á socorrerme. El bárbaro comandante no cesaba de animar á mis asesinos. El enojo y el furor me arrebataron : separéme de mi árbol para acometerle ; perdió el color, tembló , y se refugió al centro de su tropa. Abríme paso , dí sobre él , y lo sacrifiqué á mi venganza. Costóme carísima la imprudencia, porque no me fue posible volver á mi atrincheramiento : mis enemigos me rodearon , y no tuve mas recurso que morir combatiendo ; con la sangre que perdía me iba debilitando ; mi brazo se cansaba ya ; y , por colmo de infelicidad , se me rompió la espada al sacarla del cuerpo de un soldado. Viéndome , en fin , incapaz de resistir mas tiempo , quedé hecho presa de aquellos indignos. Con la vergüenza , el despecho , y la rabia , per-

di el conocimiento : ignoro lo que pasó mientras mi desmayo ; pero quando recobré el uso de mis sentidos, me hallé en una buena cama.

CAPÍTULO XV.

*Aventura al estilo novelesco.*

**A**cordándome de lo sucedido , me admiré mucho de verme tratado con tanta benignidad : mis heridas estaban curadas , y vendadas ; y yo nada notaba de siniestro en las fisonomías de los que me guardaban. Supliqué á uno de ellos que me nombrase la persona á quien yo debia tales demostraciones de benevolencia. Respondióme , con la mayor honradez, que los Cirujanos habian ordenado que no hablase ; y que él me

pedia que no retardase mi curacion con inquietudes. Reiteré mis súplicas ; pero mi guarda, en vez de responderme , se apartó al otro extremo del quarto, y se mantuvo sordo á todas mis preguntas : sospeché misterio en el cuidado con que se me trataba , y aguardé con paciencia el desenlace. Bastaron tres semanas para curar todas mis heridas. Al cabo de este tiempo, ví entrar en mi habitacion á una muger de mediana edad : acercóse á mi cama, y me preguntó como estaba ; y , despues de haber hecho una seña á mis enfermeros para que la dexáran sola , me habló así : „Sin duda os habrá producido admiracion la asistencia que habeis experimentado, y , acaso , mas la puntualidad observada en ocul-taros el parage en que estais : no os producirá menos el saber que

habitais en el castillo de \*\*\*\* del mismo príncipe Marcomiro , cuyo ejército habeis derrotado , y á quien tambien habeis herido. — ¿Qué decís, señora? ¿Estoy en casa de un príncipe á quien quise quitar la vida? ¿Es dable que sea mi bienhechor quien tan indignamente peleó conmigo? — No , no es él , replicó la dama : escuchadme : el príncipe Marcomiro , perdida la batalla , venia á este pueblo , á donde se habian refugiado su hermana , y otras muchas damas de la corte : no estaba lejos de de él , quando vuestro indiscreto valor os induxo á emprender aquella desigual pelea que... — Dejadme hacer , Belmúr , dixo Arabela , una corta observacion : merecis alabanzas; pero yo no pienso como esa señora en quanto , á que una batalla de quinientos hom-

bres contra uno solo sea la más desigual que se haya visto : el valiente príncipe de Mauritania sostuvo el esfuerzo de mil guerreros armados : el príncipe de Egipto, — Ruegos , señora , que repareis en que cuento mi historia , y por modestia disminuyó , en vez de aumentar , mis hazañas : además de que la dicha dama sin duda no tenía conocimiento exácto de los heroes , y quizá lo dixo con intencion de adularme. — La noticia de que el príncipe estaba peligrosamente herido ( continuó la del castillo ) y de que lo trahian juntamente con el causador del daño , se esparció por todo el pueblo : su hermana Sidimiris le salió al encuentro : exáminaronse las heridas , y se graduaron por de mucho riesgo. Mandó Sidimiris que se os custodiára con la mayor vigilan-

cia; y prometió (si su hermano moría) sacrificaros sobre su mismo sepulcro. Salió del quarto de Marcomiro embebida en aquella idea, é iba á entrar en el suyo, á tiempo que os pasaron por delante de ella algunos soldados que os trahian sin sentido: os habian quitado el morrion para que os diese el aire; teniais cerrados los ojos; entreabierta la boca; la palidez de la muerte en el rostro; y un cierto ademan atractivo que desarmó á Sidimiris: ¿Es ese quien hirió á mi hermano? preguntó á los soldados:— No lo podemos dudar, dixo uno de ellos, porque ha reñido contra quinientos hombres; ha muerto cinco ó seis docenas de ellos; y si no se le ha roto la espada, no dexa uno á vida.— Llevadlo, dixo Sidimiris: curadle las heridas, y tenedle siempre con

centinela de vista : os volvió á mirar con atencion, y luego se entró en su quarto, y se tiró sobre una silla, sobremanera agitada. Creí que su pena la causaba el peligro del príncipe, y empleé para consolarla las expresiones que me parecieron mas oportunas.— ¡Ay, amada Zamira! me dixo: estoy mas culpada de lo que imaginas... No basta la situacion de mi hermano para desterrar de mí la compasion que tengo á su enemigo... Sí : prosiguió diciéndome con señas de ruborizarse: desde que lo ví me pareció menos delinquente : admiro su valor ; y me siento dispuesta á condenar en Marcomiro la accion de haber peleado tan cruelmente con un guerrero de tal valor...— Yo, dixo Zemira hablando por sí, amo á los heroes : logro algun ascendiente

sobre el ánimo de Sidimiris , porque la he educado ; y no he perdido ocasion de mantenerla en el favorable concepto que habia formado de vos. Por esto no se descuidó Sidimiris en poner os dos asistentes de su confianza , á quienes encargó que os tratáran con quantos miramientos fuese posible , y les prohibió expresamente decir os donde os hallabais. Quitaron los Cirujanos el vendage á las heridas de Marcomiro , y declararon que ninguna era de peligro. Llamó á su hermana ; dióla gracias del pensamiento de vengarle , y profirió mil imprecaciones contra vos. Disimuló su pena Sidimiris ; pero quando estuvimos solas , me dixo con desfallecida voz : ¡ Ah , querida Zamira ! ¡ Quán arrepentida estoy de mis furores contra ese desgraciado ! Mi hermano quiere que



muera, y yo me he constituido cómplice suya con una indiscretísima promesa. „Yo la aconsejé que no contradixese al príncipe, y que emplease arte y astucia para ganar tiempo.” Algunos dias despues advirtió Sidimiris, que Marcomiro daba órdenes para verificar vuestro suplicio, y se determinó á aventurarlo todo por salvaros. Hemos corrompido á la guardia, y esta misma noche seréis puesto en libertad. Sidimiris me ha mandado que no os dé á conocer á vuestra bienhechora; pero yo (que no he querido que sea comprendida en el odio, que sin duda conservais á la sangre de Marcomiro), he resuelto ahorrar á vuestra grande alma una equivocacion, que obscureceria el mérito de Sidimiris.

## CAPÍTULO XVI.

*Continuacion de la misma aventura.*

¡Ah, señora! exclamé: no dúdeis que conservaré duradero agradecimiento á la suma benignidad con que me ha tratado la hermosa Sidimiris; y que me glorificaré de consagrarla esta misma vida que debo á su cuidado; pero, señora, no me negueis una gracia, sin la qual no puedo partir de aquí. Proporcionadme la ocasion de ponerme á sus pies para darla gracias de sus beneficios. — «No puedo prometeros un favor que no depende de mí; pero me obligo á solicitarlo con la mayor instancia; y os prometo, que no será culpa mia el que vuestros de-

seos no se cumplan.” — Salió Zarmira, dicho esto; y yo pasé lo restante del dia no tanto ocupado en el lógro de mi libertad, quanto impaciente de conocer á mi bienhechora: llegó, en fin, la noche. Oí abrirse mi puerta, y ví entrar á la dama que me habia asegurado de sus buenos oficios. „He determinado á Sidimiris, me dixo, á concederos una audiencia: seguidme, y no perdamos tiempo.” Atravesé una galería larguísima, y, despues de haber pasado por muchas salas espaciosas, entré en la que estaba Sidimiris. Dificil es pintaros la impresion que hizo en mí aquella muger admirable. Mil afectos se desarrollaron á un mismo tiempo en mi corazon, y me usurparon el uso de la palabra. Estúvela contemplando mucho tiempo con la expresion del placer, de la

novedad, de la admiracion y del  
 respeto. No puedo dexar de ha-  
 ceros aquí la pintura de su per-  
 sona: omitiré por decontado mu-  
 chas de sus gracias; pero, á lo  
 menos, os daré alguna idea. Sidi-  
 miris es de alta estatura, de talle  
 magestuoso, de porte noble y  
 desembarazado, y de modales fi-  
 nos y agasajadores: sus cabellos  
 son negros como el ébano; su tez  
 fina y blanca como el alabastro;  
 sus facciones proporcionadas; su  
 boca risueña; sus ojos rasgados,  
 y llenos de aquel fuego que de-  
 vora el corazon; y, en fin, se me  
 presentó con tantas perfecciones,  
 que primero que la gratitud ha-  
 bló en mi alma el amor. Divina Si-  
 dimiris, la dixé, prosternándome  
 casi enagenado, á vuestros pies  
 está el hombre mas poseido de  
 agradecimiento que tiene el mun-

do: vengo á ofrecer os una vida, porque os dignais interesaros, y á protestar también que siempre estaré pronto á volvéros la, si el príncipe Marcomiro, enfurecido contra vos, no puede aplacarse sino con mi sangre. ¡Pluguiese á Dios que pudiera yo derramar hasta la última gota peleando por vuestra causa! — Bien hablado, dixo el Baron, echándose á reir; pero bien sabiais que no habian de coger os la palabra. — ¡Ah, tio! Haced á Belmúr la justicia de creer, que hubiera cumplido lo que ofreció: no podia prometer menos á una princesa generosa, que le daba la libertad á expensas de su sosiego, y acaso de su vida. — Pronuncié estas palabras, continuó Belmúr, tan tierna y apasionadamente, que Sidimiris baxó los ojos, y se sonrojó.... Ved su res-

puèsta , despues de unos instantes de silencio. — Me lisongea mucho, amable extrangero , el procuraros la libertad : no exijo de vuestra gratitud prueba ninguna que os exponga al menor peligro : sobradamente pagada quedaré del servicio que os hago , si , por atencion á mí , no dais entrada al aborrecimiento que os han debido inspirar los procederés indignos de mi hermano. — ¿ Puede aborrecerse lo que os importa , señora ? os prometo que miraré siempre al príncipe Marcomiro como hermano de la divina Sidimiris : por este título olvidaré sus furores , y aun defenderé su vida , con riesgo de la mia , si tengo la fortuna de hallar ocasion para hacerlo. — Cada vez mejor , dixo el Baron irónicamente : vuestra historia es de lo mas admirable. — Hay , atio

mio, replicó Arabela, infinitos rasgos semejantes, y todavía superiores, en las vidas de los héroes antiguos. Entre ellos se ve un hombre grande, estrechamente unido con los enemigos de su patria, pelear con generosidad contra un ejército mandado por su mismo padre. — No concibo, sobrina mia, cómo puedes admirar á un hombre como ese; porque, segun nuestras costumbres, es un malvado, sin alma, y sin honra. — No hay mérito, tio, en defender á su patria, ó á su padre, porque eso es natural; pero quando un guerrero ha llegado á un punto de grandeza, capaz de respetar á la virtud entre sus enemigos; de preferir la gloria á sus intereses; y de desprenderse de todas las consideraciones personales; no se le puede, sin injusticia, rehusar el

título de héroe.... No pretendo apocar el mérito de Belmúr en haberse determinado á defender al príncipe Marcomiro con riesgo de su propia vida ; pero juzgo que no hizo mas que lo que qualquiera otro hubiera hecho en igual caso ; y aun añado , que Sidimiris representa un papel tan ayroso, quando menos , como el suyo. — Tuve la felicidad , continuó Belmúr , de conocer que mi modo de significar el agradecimiento , hacia impresion en el corazon de Sidimiris , porque se mostró conmovida , y me habló con los ojos un language inteligible. — Nos interrumpió Zamira , la qual , temiendo las conseqüencias de una conversacion demasiado larga , llegó á advertirnos que ya era tiempo de separarnos. Estuve para desfallecer en aquel instante funesto ; y



así, mirando á mi bienhechora de un modo que expresaba mi sentimiento, me atreví á confesarla mi amor, y la añadí, que la prision que dexaba me sería menos penosa que una libertad de que no me sería posible disfrutar. — Muy temerario sois, replicó Sidimiris, encendiéndosela el color: os lo perdono en favor de los malos procedimientos de mi hermano; pero baxó la condicion de que partireis al instante. Sidimiris pronunció este mandato en un tono tan resuelto, que no me dió lugar á réplica alguna. Besé respetuosamente uno de los pliegues de su vestido, y me retiré suspirando. Zamira me dió salida por una puerta secreta, y me entregó al cuidado de un hombre, que reconocí ser uno de los que me habian asistido y guardado en la prision.

## CAPÍTULO XVII.

*Rasgo generoso.*

Como se aumentaban mis pesares con los pasos que iba dando, conocí serme imposible la separacion de la hermosa Sidimiris; y me determiné á ocultarme en el pueblo: aseguróme mi guia que no era imposible, y, con un regalo considerable, lo obligué á serme propicio. Púsome en seguridad; fué á buscar una habitacion; me llevó á ella con muchas precauciones; y me proporcionó un vestido sencillo, porque el mio era sobradamente magnífico. Pasé por pariente suyo en la casa que me buscó, y me recibieron con agasajo. Como necesitaba yo un confidente, dí parte á mi conduc-

tor de lo que amaba á Sidimiris, y le dixé los motivos que no me permitian separarme de ella. Me prometió sigilo, y darme cuenta exácta de quanto pasase en el palacio de Marcomiro. En efecto, me aseguró al dia siguiente, de que todavia se ignoraba mi fuga. Algun tiempo despues me notició que Sidimiris lo habia enviado á llamar, y héchole mil preguntas sobre mi persona, y añadió, que estaba triste, y que mudaba de color siempre que pronunciaba mi nombre. Estas noticias dieron bien que trabajar á mi imaginacion: interpreté á mi favor la melancolía de Sidimiris; pues no se os esconde, señora, quán industrioso es el corazon de un amante en esto de alimentar sus esperanzas. Pasáronse ocho dias sin que me viese á ver mi confidente: vino,

al fin , pero tan apesadumbrado, que me estremecí. ¡ Ay , señor ! me dixo : el principe ha descubierto vuestra fuga , y sabido los medios buscados para daros libertad. Sidimiris está encerrada en su habitacion , cargada de horrosas imputaciones , y , en fin , no os puedo ocultar que su vida... Desmayéme al oír esto ; pero la resolución de salvarla fue lo primero que me ocupó al recobrar mis sentidos. Toxâres ( así se llamaba mi confidente ) volvió á informarse de lo que sucedia. Vestíme entonces lo mismo que quando estaba prisionero , y me dirigí presuroso al palacio de Marcomiro. Hallábase á la sazón en el quarto de su hermana ; y allá me dirigí. Estaba aquella beldad incomparable recostada sobre una especie de sultana ; y Zamira á

sus pies, mezclando las lágrimas que vertía con las de su señora. El príncipe se paseaba enfurecido por una pieza inmediata, exhalando su indignacion. Me arrojé á los pies de Sidimiris; ella gritó con el susto; y seguidamente me significó, con sus miradas recelosas y lánguidas, las inquietudes que la causaba. — Vengo, la dixe, á cumplir lo ofrecido; vengo á morir en vuestra defensa; y tendré, á lo menos, la dicha de convenceros de que estimo menos mi vida que vuestra tranquilidad. Iba Sidimiris á responderme, quando Marcomiro, movido por el grito de su hermana, entró: quedóseme mirando con admiracion; pero de allí á un momento se retrataron en su rostro el placer, la crueldad, y la venganza. ¿Con que no me engaño? preguntó con amar-

ga sonrisa : ¿ Con que vuelvo á ser dueño de mi enemigo ? — Porque así lo quiero , le respondí : vengo á ponerme en tu poder para destruir las imputaciones odiosas que forma la osadía contra la mas respetable princesa : sabe que á nadie debo mi libertad , y que la conservaria si quisiera : esta espada , que te ha dexado vida bastante para que desees la mia , pudiera todavia quitártela , si no fuera porque ciertas consideraciones me estorban el . . . — ¡ Ah , traidor ! exclamó Marcomiro ; no pienses ablandarme con esa humanidad fingida : eres mi prisionero , y no te me escaparás ya . . . — Aun no lo soy ; pero , á fin de que puedas disponer de mi vida á tu arbitrio , he aquí mis armas . — Poco me importa que te rindas por voluntad , ó por fuerza : estás en poder mio ,

y voy á darte á conocer hasta donde puede llegar mi resentimiento... Llevadlo de aquí, dixo á sus gentes: metedlo en la prision mas obscura; y con la vida me responderéis de su persona. Rechazé con desprecio á los que iban á poner en mí las manos; hice una atenta inclinacion á Sidimiris; y seguí á mis guardias hasta el calabozo, que era horrible, pero que me pintó risueño y delicioso la satisfaccion de haber dado á Sidimiris un testimonio de mi amor.

## CAPÍTULO XVIII.

*Muestra Sidimiris igual generosidad  
que su amante.*

**M**uy desasosegado estaba yo por la dudosa suerte de Sidimiris, y gimiendo en mi profundo calabozo, quando se me presentó un jóven con una carta, que me entregó sin proferir una palabra: leí-la á la escasa luz de una lámpara, y decia así:

## SIDIMIRIS

AL GENEROSÍSIMO BELMUR.

*No basta deciros que los medios  
de que os habeis servido para librar-  
me de la crueldad de mi hermano,  
me han llenado de admiracion y de*



aprecio ; rasgo de tanta generosidad merece la mas grande recompensa ; y no vacilo en confesaros que mi corazon ha tomado parte en él : sí , Belmúr : he recibido la muestra que me habeis dado de vuestra ternura , con el agradecimiento que deseabais en mí . No tardaré en daros á conocer como pienso de un modo mas particular y significativo .

*Sidimiris.*

Prueba clara era esta carta de que no me aborrecia Sidimiris , y de que meditaba alguna cosa favorable para mí ; leíla y releíla mil veces entregado á los alhagos de la esperanza . ¡ Dichosísimo eres , Belmúr ! ¡ Te aman ! ¡ Qué suaves son tus cadenas ! Corrieron tres semanas sin que oyese yo hablar de mi divina princesa . Presentóse , por fin , Zamira acompañada de Toxá-

res. Fuera de mí con el gozo, corrí á su encuentro, y les insté con ansia á que me refiriesen las órdenes que traian. »Mas de una noticia os traigo, me dixo Zamira; y ¡al cielo pluguiese que todas fueran gustosas! Libre estais ya; pero á costa de la libertad de Sidimiris, que ha roto vuestras prisiones echandoselas á sí propias mas terribles. ¡Os lo diré!... ¡Pues acaba de casarse con un hombre á quien aborrece! Condicion ha sido que le impuso su hermano, sin la qual nunca hubierais visto la luz del dia. — A estas palabras caí en tierra sin sentido: Zamira, Toxáres, y unos flasquitos de olor (de que tuvieron la precaucion de proveer se) me volvieron á la vida. Amigos crueles, les dixe, ¿por qué no me habeis dexado morir? ¿Son esos los efectos de las espe-

ranzas que me dió Sidimiris? ¿Es esta aquella prueba de gratitud con que me lisongeó? Pero ¿á donde mi desesperacion me lleva? Acuso á Sidimiris de inhumana, quando por mí se ha hecho infeliz. ¡Ah, libertad, quanto te abomino!... Zamira, que conoció hasta que punto podia arrastrarme el despecho, sacó de la faldriquera una carta, que se la habia mandado no entregarme hasta que yo estuviese á alguna distancia del pueblo; pero que ella, atendido el estado en que me via, creyó poderme facilitar sin contravenir á la exâctitud de sus obligaciones. Abrí la carta, mientras Zamira me hablaba, y ved lo que contenía.

SIDIMIRIS Á BELMÚR.

*Si la prueba que os doy de mi*

agradecimiento no corresponde á vuestra esperanza , compadecedme , pero no acuseis á mi corazon. No habia mas medio para daros la libertad , que el de comprarla á precio de todas mis felicidades. No es cara , si me haceis la justicia que merezco. Como dueña de mis inclinaciones os confieso , que no hay en el mundo príncipe á quien yo no os hubiese preferido. Os debo esta confesion en pago de lo que por mí habeis hecho: considerad , Belmúr , que no podia ser justa con vos sin ser cruel , ni tampoco corresponder á vuestra pasion , sin hacer mas pesadas vuestras cadenas : si el sacrificio que acabo de verificar , me conserva todavía algun derecho á vuestro afecto , os mando que no añadais á mi infortunio el de ser causa de vuestra muerte. . . Vivid , Belmúr , asegurado de que ésta será la prueba mas verdadera que po-

*¿dais dar del amor puro y sincero  
que habeis profesado á la infeliz*

*Sidimiris.*

¡Ay, Sidimiris! exclamé: ¿Han de ser crueles las bondades que usais conmigo? ¡Me quitais la esperanza de poseeros, y quereis que viva! Mantuveme algunos instantes en silencio, y despues dixé: sereis obedecida; viviré desventurado; pero viviré para vos.

Algo mas asegurada Zamira, me exhortó mucho á la perseverancia, y se despidió. Roguéla que me proporcionase ver á Sidimiris siquiera una vez, ó, quando nó, que la entregase una carta mia: me rehusó este favor; pero suavizó la repulsa, prometiéndome pintar mi dolor y mi obediencia con los mas vivos colores. Toxâres quedó solo conmigo; me ayudó á vestir, y

me sacó del calabozo en que habia pasado horas tan deliciosas y tristes. Encontré un caballo á la puerta ; abracé á mi confidente ; le pedí que aceptase una sortija de gran precio , y partí con el corazon trasgado de pena. Galopé toda la noche sin destino cierto , y sin advertir que agotaba á mi caballo las fuerzas : dexóse , en fin , caer de rendido , y entónces noté que me hallaba en un bosque espeso , situacion agreste que se conformaba mucho al estado de mi ánimo. Apuntó la aurora , y guió mis pasos : la casualidad me conduxo á un subteraneo , que tenia traza de haber servido de habitacion á algunos amantes tan desgraciados como yo : estaba cavado en la peña , y su entrada casi toda cubierta de maleza : baxé algunos escalones toscamente formados , y encontré

unos bancos de cespedes ; y algo mas allá una especie de sala adornada con hojas de árboles , y alumbrada por un traga-luz hecho en el centro de la bóveda con bastante arte. Mi desesperada tristeza me sugirió el pensamiento de no salir de aquella morada tenebrosa. Dexé suelto á mi caballo para que se fuera donde quisiese ; colgué mis armas de un árbol junto á la entrada de la gruta ; y voté mi vida á una soledad que me permitia pensar incesantemente en mis desdichas. Diez meses corrieron sin que me ocurriese ni la menor idea de volver á la sociedad de los hombres. . . Aquí descansó alg unos instantes Belmúr para tomar aliento ; y el Baron los aprovechó para hacer la observacion siguiente.

## CAPÍTULO XIX.

*Descripcion de una particular pelea.*

**P**ermitidme que os pregunte ¿de qué manera pasasteis diez meses sin comer? ; Ah! le respondió Belmúr : ¿ qué otros alimentos podía yo tener que sollozos y lágrimas? El Baron, Glanville, y su hermana soltaron la carcajada á un tiempo. Arabela lo extrañó , y conservó su seriedad. „Me parece ridículo, dixo, que supongais que el príncipe Veridomer vivió diez meses sin alimentarse. Estas menudencias se desprecian en las historias; y es de facil averiguacion el modo con que un solitario puede vivir en el desierto. — Pero, sobrina mía , los alimentos de que



ha hablado Belmúr me parecen de poquísima substancia. — Se dice así; pero sin duda se alimentó con frutas silvestres, con yerbas, con raíces, y con otras mil cosas que debe producir una selva. Orontes se halló en un caso igual, y por cierto que no se murió de hambre. »Conoció el Baron que Arabela se formalizaba; no hizo mas observaciones, rezeloso de ofenderla; y Belmúr, que se hallaba embarazado en la explicacion de su hyperbole, sacó partido del medio que le suministró Arabela. Continuó, pues, así su narracion.» Tales atractivos hallaba yo en la soledad, que todavía permaneceria en ella, á no haber sido por la aventura que voy á contaros. Un dia, que me desvié de la gruta mas de lo acostumbrado, oí voces dolorosas, que me parecieron de mu-

ger, y de allí á algunos momentos vi á un hombre á caballo, con una dama á la grupa, la qual hacia continuados esfuerzos para desembarazarse de él. ; Detente, malvado! le grité, ; ó preparate á haberlas conmigo! Pero él, sin responderme, metió piernas á su caballo, y desapareció. Por fortuna estaba el mio junto á mí; arméme con mis armas; monté en él, y alcancé muy luego al robador. Ignoro, me dixo éste, qué motivo te impulsa á contrarrestar mis acciones; pero á bien que, antes de mucho, te arrepentirás de tu temeridad. Vinose á mí entonces, y me dió un golpe tremendo, que, por fortuna, pude parar con mi escudo. Echéme sobre él, y le herí en varias partes: uno de mis golpes le destrozó el morrion, y ya iba á degollarlo, quan-

do el cobarde me pidió la vida. Recoge tu espada, le dixé, y vive, pues eres tan baxo que lo desees, despues de vencido; pero jura sobre mi espada que no intentarás en adelante cosa alguna contra esta dama. Mientras así le hablaba yo, cayó del caballo; corrí á socorrerlo; pero ya habia espirado. Apartéme de aquel triste objeto para consolar á la dama, que se arrodilló delante de mí, diciéndome, con voz muy expresiva: caballero generoso, recibid, en esta postura humilde, las muestras de mi agradecimiento, porque os soy deudora de la conservacion de mi honor, bien mucho mas precioso que la vida. Suplicoos, señora, la repuse, que no esteis mas tiempo en una postura, que debiera ser la mia: no he hecho otra cosa que cumplir con los movi-

mientos de mi corazon, y me halló gozosísimo de haber sido útil á una muger tan hermosa. — Y á efecto de ponerlos en el caso de juzgar de la impresion que hizo en mí aquella dama, procuraré haceros de ella un retrato parecido.

CAPÍTULO XX.

*Pintura de una beldad.*

**L**a nieve no es tan blanca como su tez: el miedo habia amortiguado algo el encarnado de sus mejillas; pero la complacencia de verse libre avivó al instante sus bellos colores; su boca hechicera sobrepujaba á lo mas perfecto que pudieron inventar y hacer todas las imaginaciones reunidas de los mas celebrados pintores; no la

faltaba mas que la sonrisa del contento ; un aliento tan suave como el del Céfitro se difundía , quando hablaba , sobre dos hileras de perlas simetricamente colocadas ; los lineamentos de su rostro tenian quanta regularidad puede pensarse ; el contorno de su cara formaba un ovalo perfecto ; dos ojos mas brillantes que dos estrellas deslumbraban al atrevido que osaba mirarlos ; eran del color del cielo , y no hacian movimiento alguno que no fuese expresion de algun afecto ; una melena blonda y espesa coronaba su cabeza ; los rizos desordenados de su pelo vagaban al descuido sobre su blanquísimo pecho ; su talle era sobremanera airoso ; y , en fin , parece que la naturaleza estuvo , de intento , deleitándose en formarla. La admiracion fué el primer efecto

que hicieron en mí sus prendas , pero el segundo otro sentimiento mas grato. Dixome la hermosa incógnita, que su padre vivia á lo último del bosque , y que lo juzgaba muy necesitado de auxílios , porque su robador habia dexado gente armada para impedir que no lo persiguiera. Pedila que me conduxese allá , y la ofrecí sacrificar mi vida en caso necesario. La coloqué lo mejor que pude sobre el arzon de la silla de mi caballo , tuve la satisfaccion de rodearla con mis brazos durante media hora. Llegamos al sitio donde fué robada , y divisamos á su padre , y á tres criados suyos peleando contra ocho hombres armados de todas armas. Puse en tierra á mi compañera , y me metí con furor entre los combatientes; maté á dos de los enemigos de los dos primeros golpes ; y , animado

con este triunfo , la emprendí con otros dos , que cayeron al instante muertos á mis pies. Los quatro restantes huyeron , y no creí decoroso el seguirles el alcance. La bella hija , que vió salvo á su padre , se abrazó con él , teniendo entretanto vueltos sus ojos acia mí; y , despues de aquella expansion de cariño , se me acercó su padre , me llamó su libertador , el conservador de la honra de su hija , y su angel tutelar , y añadió á estas cordiales expresiones quantas le pudo sugerir el agradecimiento que lo poseia. Dixome que era el Barón Artagestes , y que su hija se llamaba Filoniza ; que un señor de la vecindad , prendado de su belleza , la habia pedido en matrimonio , y , no habiéndolo conseguido , se la habia violentamente arrancado de los brazos en el bosque;

que , para no ser perseguido , habia dexado ocho hombres que lo impidieran ; y que ya él iba á ceder al número , quando el cielo me envió para su libertad. Hecha esta narracion , me rogó que no lo dexase , me sentó en su coche al lado de su hija , y no cesó , mientras el viage , de decirme cosas de mucha satisfaccion. Por fin , llegamos á su casa de campo , que era muy vasta , y de grandiosa arquitectura. Llevóme mi huesped á una bella habitacion ; y él mismo me quitó la coraza para ver si estaba herido. Poco despues me tomó la mano , y me acompañó al quarto de Filoniza. Esta vista segunda completó mi derrota. ¿ Os lo habré de confesar ? Casi olvidé á Dorotea , y á Sidimiris : el trato continuado con Filoniza aumentó mi amor hasta el grado de no poderlo ocultar.



Conoci mi imprudencia, é hice quanto pude para amar callando: esta violencia me atormentó mucho: apoderóse de mí una melancolía tenaz; y mi fisionomía se alteró de manera, que el Baron me pidió encarecidamente que le confiasse la causa. Callé, mas no pude hacer que callaran mis ojos. En fin, caí seriamente enfermo. El Baron Artagestes, que no pudo descubrir mi secreto, dió á su hija este encargo. Entró un dia con ella en mi habitacion, y se retiró unos instantes despues con un ligero pretexto. Filoniza se acercó á mi cama con ademan afectuoso; yo la miré, y ella baxó los ojos. »Por mas placer que vuestra visita me cause, ó Filoniza muy amable, la dixé con débil voz, mas quisiera carecer de ella, que el que sufrieseis por mí la violencia me-

nor. — Mortificadísima quedaria yo, me contestó con gracejo, si el libertador de mi padre y mio llegase á tener dudas sobre mi agradecimiento: esta visita se reduce á pedirnos una gracia, que mi padre desea que yo pida, esperando, unidamente conmigo, en que no nos la rehusaréis — ¡Una gracia, Filoniza hermosa! Mandadme: os lo ruego; y no dudeis de mi obediencia. — Pues decidme: ¿de qué procede esa melancolía, causa de vuestra enfermedad?” Un temblor involuntario me sobrecogió al oír esta pregunta; aumentóse mi palidez; y quedé en tenebroso silencio, fixos los ojos en Filoniza. — Advierto, añadió Filoniza, que os agita mi pregunta.... Haré lo posible con mi padre para que no vuelva á haceroslas de esta clase. — No, señora, que se-

reis obedecida... Este desventurado, que ha tenido la dicha de pelear por vuestra causa, se atreve á amaros.... ¡Qué es amaros! Os adora, Filoniza divina; y como no se halla capaz de arrepentimiento, ha determinado morir, para evitar el castigo que merece. Hacedme justicia en creer, que nunca hubiera salido este secreto de mi corazón, si la obediencia que os prometí no me hubiera impelido á revelarlo. «Dicho esto, no me atreví á levantar los ojos, y esperé temblando la respuesta de Filoniza. Quedóse ésta en silencio: yo me aventuré á mirarla, y ví en su cara las señales de una sorpresa, que me quitaron la esperanza de conseguir el perdón, aun dexando de existir.

## CAPÍTULO XXI.

*Conclusion de la historia de Belmúr.*

**E**l silencio de Filoniza, continuó Belmúr, me oprimió el corazón; pero quando se levantó para irse, perdí totalmente el uso de mis sentidos. Filoniza llamó á sus criadas, y usó de la benignidad de unirse á ellas para volverme á la vida. Al abrir los ojos tuve el consuelo de fixarlos en mi bienhechora, y la rogué que aceptase el sacrificio que la queria hacer de mis dias. „¡ Ah, Belmúr! me dixo llena de rubor: ¿ qué derechos no teneis sobre mi corazón?... Renunciad á vuestro designio cruel, y tened entendido que vuestra muerte es la única co-

sa que no podria perdonaros.\*  
 Fuese sin aguardar mi respuesta;  
 y yo interpreté tan á mi favor lo  
 que acababa de decirme, que re-  
 solví procurar mi mas pronto res-  
 tablecimiento. Pero la suma agita-  
 cion de mi ánimo aumentó de tal  
 modo mi calentura, que me puse  
 verdaderamente de peligro. El Ba-  
 ron Artagestes no se apartaba de  
 la cabecera de mi cama, y Filo-  
 niza me visitaba con frequencia.  
 Un dia se me acercó, y me dixo:  
 ¿Con que así me obedecis, Bel-  
 múr? — Al cielo pongo por testi-  
 go, la repliqué, de que no hay  
 para mí cosa mas respetable que  
 vuestras órdenes: vos os dignais  
 de interesaros en que yo viva, y  
 yo quisiera que consistiese en mí  
 el vivir. „Algunos dias despues  
 llegué á los últimos: entonces me  
 dió pruebas Filoniza de que no

me aborrecia , porque la ví derramar lágrimas , que me causaron tal efecto , que mi enfermedad , desde aquel instante , tomó un aspecto favorable. Diéronme los médicos por fuera de riesgo ; vino á verme el Baron Artagestes , y , al entrar , mandó á los que le acompañaban , que lo dexáran solo. »Príncipe , me dixo (porque yo le habia dado á conocer mi título quando le conté mis aventuras) no ignoro el amor que teneis á mi hija , y que ha estado para costaros la vida : ¿ Por que no me disteis á conocer antes vuestra passion? Me hubiera honrado con vuestra alianza , y no hubiera repugnado mi hija que su libertador fuese su esposo. Prometoos , Príncipe , que os la daré inmediatamente que esteis bien restablecido.” Dada esta seguridad , se fue el Ba-

ron de Artagestes ; y un instante despues entró Filoniza presentándoseme la mano , que besé mil veces , asegurándola de que mi agradecimiento y amor serian tan duraderos como mi vida. Pero la fortuna , que se me presentaba tan favorable , me estaba preparando dolores y tormentos. Ibase mi salud fortificando de dia en dia ; y el Baron de Artagestes no pensaba mas que en dar disposiciones para mi matrimonio... Una noche (¡Oh noche para siempre funesta!) oi gritar á Filoniza , y , de allí á algunos momentos , ví entrar á su padre en mi quarto , con todas las señales de una amarga desesperacion en el rostro. ¡Hijo mio , (así habló) , tú y yo hemos perdido á Filoniza ! Acaban de robarla ; la noche está muy obscura , é ignoro el camino que ha tomado el

robador... ¡Ay, padre mio! exclamé: no hagais diligencia alguna, que yo soy quien ha de libertarla: lo conseguire, ó perecere en mi empresa. Diéronme un caballo, me vestí las armas, y partí con el corazon rebosando iras y venganzas. Toda la noche corrí sin parar: al apuntar la aurora divisé una aldegüela, donde tomé algunos informes, pero en vano, pues ninguna noticia adquirí, ni de Filoniza, ni de su robador. Despues de muchas correrías volví á la casa de campo, extenuado de fatiga. No me fué posible acostumbrarme á estar en ella; y así, me despedí del Baron de Artages-tes, ofreciéndole continuar mis diligencias en busca de su hija. No ha querido el cielo concederme tanta felicidad. He viajado muchos años sin éxito, y el tiempo no ha



podido borrarla de mi memoria; pues aunque otro objeto ocupe mi alma, y llene mi corazon, no ceso de deplorar sus desdichas."

¿Es esa toda vuestra historia, preguntó Arabela con mucha gravedad, ó debo todavía aguardar la conclusion? — Nada mas tengo que añadir, sino algunas circunstancias menudas, omitidas por abreviar. Confio en que habreis formado de mí un justo concepto, y en que fallareis que he sido mas desgraciado que infiel; y resultará de todo, que conozcais que Glanville no hizo bien en quererme graduar de inconstante. — Demasiado favorablemente os trato: mejor os hubiera caracterizado, si os hubiera añadido la qualidad de ingrato: vuestro olvido de la generosa Sidimiris es imperdonable; pero el sosiego con que vivís estando

Filoniza baxo el dominio de un indigno robador, debe colocaros en la clase de los amantes mas perversos. — ¡ Ah , señora ! ( repuso Belmúr , que no habia previsto el resultado del fin de su historia ) ¿ qué podia hacer un infeliz despues de haber gemido , penado , viajado , y empleado , finalmente , quantos recursos suele aconsejar la esperanza ? ¿ Es culpa en mí el amar , despues de muchos años de ansias y tormentos , á una persona , á quien , sin injusticia , no pueden rehusársele adoraciones ? — No os canseis en justificaros : el objeto de que hablais no puede lisongearse de poseer un corazon inconstante : si hubierais imitado tan bien á los héroes en la perseverancia , como los imitasteis en el valor , aun suspirariais en vuestra gruta , ó andariais discurriendo el mundo

acaso en este mismo instante encontrariais á Filoniza baxo un arbol , como estuvo Delia , ó disfrazada de esclava , como Olimpia. Navegando por los mares , hubierais tambien podido dar con ella. Ambiomér consiguió la gloria de socorrer á Agiona ; y la incomparable Elisa fue sacada por su amante de las manos de los piratas. Estos hechos os condenan. — No cités mas , sobrina mia , dixo el Baron , que ya has dicho mas de lo que es menester para probar su inconstancia. — Tio mio , si acumulo exemplos , es para indicarle las huellas que debe seguir. Estad cierto , Belmúr , de que el cielo no os volverá jamás la corona á que teneis derecho , mientras fuereis indigno de su proteccion por tan vergonzosa conducta. Por ventura hablo con sobrada franqueza ; pero

este language me está bien. Os declaro, Príncipe, que no admito vuestros votos, y aun os prohibo el que me veais, hasta que hayais hecho lo que debeis. Dada esta orden, salió Arabela magestuosamente de la sala, y dexó á Belmúr confundido de haber finalizado tan mal la historia de sus amores.

## CAPÍTULO XXII.

### *Reflexiones sobre los Capítulos precedentes.*

No pudo menos de romper en risa Glanville, gustoso de ver á su amigo castigado de su bufonada. Belmúr se mordía los labios, y digería trabajosamente aquel sonrojo; pero, en fin, abrazó un partido. "¿Podia yo imaginarme, di-

no chanzeándose , que un héroe tan famoso marchitase sus laureles por su poca maña? — En verdad, mi amado Príncipe, respondió Glanville , sin dexar de reirse , (que estais obligado á restablecer vuestra reputacion , ya sea volviéndoos á vuestra gruta , para vivir en ella con suspiros dedicados á Sidimiris , ó ya recorriendo el mundo en busca de la divina Filoniza. No hay otro medio.

No triunfeis todavía , replicó Belmúr , echándose tambien á reir: compadecedme algo , y confesadme , que es para sentir ese demonio de paso falso que dí al finalizar mí historia : á no ser por él iba á igualarme , quando menos , á Orondates y á Juba. — Teniendo una imaginacion tan fértil , añadió el Baron , debe seros fácil la reparacion de esa falta : lástima es

que no seais suficientemente vago para poder aumentar la lista de los autores de *Grub-Street*, porque podriais ocupar alguna guardilla en dicha calle, y adquirir reputacion. — En mí consiste ser autor: para ello tengo mas caudal que se necesita : mi cartapacio contiene cinco tragedias, unas acabadas, y otras á medio acabar; tres ó quatro ensayos sobre la virtud; seis cantos de un poema épico; muchos epitáfios, epitalámios y canciones; tres ó quatro óperas bufas para el teatro de Paris; coplas sin número, corregidas por sugetos hábiles; cuentos morales; proverbios; y una coleccion de agudezas, con que pienso formar un diccionario. — Teneis fama de excelente crítico en el café de Bedford, dixo Glanville: allí se juzgan magistralmente las obras de Richardson, de Young,

de Johnson, á quienes, ya que no pueden hallarles defectos, se les ridiculiza á roso y veloso: al buen lenguaje llaman estilo trabajado; al orden y al método, pedantismo; á la claridad, difusion; y á la imaginacion, prolixidad. Ponen en prensa al entendimiento para encontrar algunas frases nuevas, y en habiendo hallado una, que corra entre los semi-eruditos, se juzgan ya con un mérito gigante: ese es, Belmúr, vuestro campo de batalla, y en él triunfais. — Por cierto, Glanville, que sois el hombre mas mordaz que conozco: temo que os burleis de mí en yéndome, y que persuadais á vuestra prima que nada hay de verdad en mi historia.... ¿Serás tan cruel, que me quites los derechos que tengo al Reyno de Kent, y la gloria de haber peleado valerosamente solo

contra quinientos hombres? — Ignoro, dixo el Baron, si habeis engañado á mi sobrina con vuestras aventuras maravillosas; pero confieso que lo fui por algunos instantes. — Bien castigado estais, continuó Glanville: no aumentaré vuestro infortunio: sed, pues, el Principe Veridomér; pero mirad, que ese título no os permite aspirar á mas que á Filoniza.”

Entendió muy bien Belmúr lo que esto queria decir. Fuese á su casa poco satisfecho de su ninguna destreza, y con deseos de salir del apuro. El Baron no comprendió nada de la extraña narracion de Belmúr: Carlota creyó que habia ridiculizado á su prima, y por lo mismo le pareció mucho mas amable: solo Arabela tomó el asunto por lo serio: ¡Ay! exclamaba: ¡Quántas razones no tendria Filo-



niza para aborrecerme , si supiese que soy la que hizo ingrato al príncipe Veridomér! . . . ¡ Desgraciadísima amante ! No confundais , os lo ruego , las culpas nacidas de la voluntad con las producidas por la fuerza del destino. Soy , á la verdad , causa de vuestros infortunios , pero inocente : repararé , si puedo , los males que mi hermosura fatal os ocasiona.” Mientras Arabela se entregaba á esta generosidad novelesca , formaba Glanville el proyecto de llevarla á Londres , esperando en que la vista de infinitos objetos nuevos trocarian sus ideas. El Baron solicitó el viage , y obtuvo el consentimiento. Y como Glanville no estaba enteramente restablecido de su última enfermedad , se determinó unánimemente el pasar á Bath , para estar allí unos quince dias.

## CAPÍTULO XXIII.

*Aventura interesantísima.*

**B**elmúr no fué ver á Arabela en muchos dias ; y habiendo sabido que se disponía á emprender un viage , la escribió muy heroicamente pidiéndola algunos momentos de audiencia. Informada Arabela por Lucía de que la habian trahido una carta , mandó que se la presentára el criado. „¿ Por qué tiene el príncipe vuestro amo , le preguntó , la osadía de importunarme quando lo he prohibido ?— ¡ El príncipe mi amo , señora !— ¿ De qué procede esa admiracion ? ¿ No sois el escudero de Belmúr ?— Criado suyo soy ; pero ignoraba que fuese príncipe ; y no soy escude-

ro.— ¡No! Pues en ese caso me maravillo de que os haya encargado esta comisión... ¿Qué venis á decirme de parte suya?— Me ha mandado que os entregue una carta, y que le lleve la respuesta.

Irritada Arabela de un mensaje que pecaba tan evidentemente contra las reglas, miró con altivez al criado, y le dixo, que estaba indignada de que el príncipe Verdómér tuviese la insolencia de presumir que ella leería aquel nuevo testimonio de su infidelidad... El criado, aturdido de lo que oía, iba á justificar á su amo; pero Arabela se lo estorbó... „Sé que me vais á hacer una relacion, tan falsa quanto inutil, de los suspiros, de las lágrimas, y de la desesperacion del príncipe; pero os lo dispense.— Os aseguro, señora, que mi amo quedaba cantando al tiem-

po que me separé de él , y no me ha encargado que os diga embustes.— Pues siendo así , devolvedle su carta , y decidle , que un hombre capaz de faltar á Sidimiris , y á Filoniza , y tan baxo que olvida á la una , y se descuida en dar los auxilios que debe á la otra , no es digno de amar á Arabela.” Viéndose el criado embarazadísimo , la suplicó que escribiese su respuesta , visto que él era imposible que se acordase de las señoras Tireliremidis , y Pitonisa. Arabela , sin responderle , hizo un ademan mandándole que se fuera , pero no lo entendió. ¿ Por qué no me obedeces ?— Obedeceré , señora ; pero hacedme el gusto de repetirme vuestras órdenes.— Mandote que te vayas , y que no me hables mas de un hombre , que ha llegado á ser , por sus delitos , el

oprobio de quantos hacen gala de generosidad , y de virtud.” Tan sorprendido el criado de oír maltratar á su señor , quanto del enojo de Arabela , partió á dar parte del cómo lo habian recibido. Divirtiöse mucho Belmúr con lo que le contó su criado ; y como nunca sospechó que Arabela llevase su extravagancia hasta tal punto , se arrepintió del mensage , y determinó ir á visitar al Baron y á sus dos hijos : Carlota quedó contenta del deseo que mostraba de verla , y sentida de antemano por el tiempo que iba á pasar sin verla.

Llegado el dia de la marcha, se emprendió ésta en un coche tirado por seis caballos , y con la comitiva correspondiente de criados. Nada sucedió el primer dia; pero al segundo , al caer la tarde, causó inquietud la vista de tres la-

drones bien montados. El que primero los alcanzó á ver se arrimó al coche, y se lo notició, en voz baxa, á Glanville. El Baron lo oyó, y exclamó sorprendido: „¡Con que estamos en riesgo de ser robados!” Glanville, sin responder, se tiró del coche, y Carlota detuvo á su padre asiéndosele del brazo. Arabela, muy admirada, se asomó por la portezuela, y vió tres hombres de buena traza, que interceptaban el camino. „Son esos, tio mio, los caballeros cuyo ataque temeis?—Sí, sobrina: son caballeros de camino real; y, segun toda apariencia, serás testigo de una batalla, porque seria ignominioso que nos sorprendiesen, estando de nuestra parte la ventaja,—Deteneos, señores, les dixo Arabela: una falsa generosidad os anima: no arries-

guedes vuestras vidas en una batalla que no exige el honor: no venimos robadas como lo imaginais; porque viajamos voluntariamente con nuestros parientes y amigos.— ¿Qué demonios de jerigonga es esa? preguntó el Baron: ¿Crees que esos foragidos prestan atención á tus bellos discursos?— Así lo espero, [tio... Por amor de Dios, prima, unete conmigo para persuadir á esos caballeros que no necesitamos de socorro alguno. Los ladrones, que estaban tan cerca de Arabela que podian distinguir sus facciones, la miraron con admiracion; pero conociendo que era preciso pelear, tuvieron por mejor abandonar la presa, y huyeron al galope. Algunos criados intentaron perseguirlos; pero Glanville se lo impidió, y felicitó á las damas de haber salido felizmente de tan mal

paso. »No caigo en quien pueda ser éste, dixo Arabela, á menos que no sea aquel señor que venisteis algun tiempo ha, pues me habeis dicho que Eduardo era muerto... ó acaso seria alguno de los amantes de mi prima que quería robarla: si ha sido así, no sé cómo pudo pensar en lograr su empresa con tan poca gente.— ¡Ay, Dios mio, prima! ¡Qué pensamiento tan raro! Te protesto que no he tenido amante ninguno entre ladrones.— ¡Ladrones, dices!— Sin duda ninguna, replicó el Baron: ¿Pues qué diablos piensas que son?—Personas distinguidas llevadas de la generosidad.— Sobrina, desafio á que te entienda al primero de este mundo.— Padre mio, mi prima se ha equivocado, porque la pareció imposible que fuesen ladrones. »No se puede dudar,



continuó Carlota sonriéndose, que si no quisieron protegernos, á lo menos intentaron robarnos: lo que no es facil de averiguar es sobre qual de las dos pusieron sus miras. Perdoname, prima, si te digo, fuera de chanza, que solo nuestro dinero era el objeto de su codicia.— ; Pero cómo! Unos hombres de tan buenas muestras... ¿me puedo haber engañado de tal manera?... Glanville, deseoso de cortar nuevas observaciones, mudó la conversacion; pero tuvo el disgusto de ver á su padre y hermana persuadidos, mas que nunca, á que Arabela tenia trastornado el juicio.

## CAPÍTULO XXIV.

*Rasgo historial muy auténtico.*

**E**N lo restante del viage fué Arabela tan preocupada con la aventura de los ladrones, que se mezcló poco en la conversacion general; pero la situacion del pueblo de Bath suministró á su imaginacion agradables asuntos: las fértiles montañas que lo circundaban la representaron en idea el valle de Tempé. „En un sitio como éste, dixo, libertó la bella Andrónica al valeroso Hortensio. ;Oxalá que á nuestra entrada en el pueblo precediera una accion semejante!— Para realizar ese deseo, prima, era menester que sucediera una desgracia; y creo que

no querrias poner tu buen corazon á una prueba desagradable. — Con sobrada frecuencia se presentan ocasiones de señalarse á gentes, que ni tienen la humanidad, ni el zelo necesarios para executar grandes cosas : si qualquiera otro que la princesa de Mesina hubiera encontrado á Hortensio , era hombre muerto ignominiosamente por haber quitado de en medio á una cigüeña. — Condenar á un hombre á morir , por haber muerto á una cigüeña ! ¿ En qué pais se usa tan ridícula crueldad ? ¿ En las indias, ó allá entre los salvages ? No, tio mio , sino en Tesalia , en el pais mas hermoso de la Macedonia , célebre por el valle de Tempé — He tratado , sobrina mia , con muchísimos viageros , pero ninguno me ha hablado de ese valle, de que infiero que no es tan fa-

moso como dices. — No sé lo que ha podido merecer la atención de los viajeros ; pero si , por algun feliz acaso , fuera yo á Tesalia , es cierto que seria objeto de mi curiosidad un sitio tan celebrado por los poetas é historiadores. — Prima , repuso Glanville , ¿deseais algun acaso que os conduxese á Turquía ? Por mí , confieso de buena fé que no lo deseo. — Sobrina , ¿Con que está en Turquía ese famoso valle ? Preciso es que la comenon de viajar sea en ti una especie de furor , quando tienes ganas de ir al gran Mogol , donde dicen que las gentes adoran al diablo. — El pais de que habla mi prima , padre mio , pertenece al gran Señor ; pues ya sabeis que el Mogol... — Gran Señor , gran Mogol , ó como quisieres , que para mí todo es uno ; mas ello es que

Arabela no irá por allá.—Nó, como algunos acaecimientos extraordinarios no me obliguen... porque.—Siendo así, jamas verás el valle de Tempé; pues, . . . no te llevarán á Turquía contra tu voluntad.—Pues yo no hallo eso tan desnudo de verisimilitud: ¿no pudiera yo ser llevada á Macedonia, si, por una cierta conformidad de destinos, tuviese yo la suerte de aquellas princesas ilustres, nacidas en las extremidades del mundo, y reunidas en Alexandría?—Si lo meditas bien, prima mia, verás que solo se encontraron para tener el gusto de contarse cuentos.—De qualquier modo que sea, continuó Arabela sonriéndose, no paseis pena por mí, porque, si alguna vez fuere á Macedonia, no me conciliaré el odio de los Tesalienses con una indiscrecion parecida á la

de Hortensio. . . . Quizá no teneis presente, tio mio, que la destruccion de una cigüeña, que entre nosotros nada es, era un crimen gravísimo en Tesalia: unas sierpecillas muy venenosas, que infestaban el pais, son el pasto de dichas aves; los Tesalienses se figuraron que los dioses les habian enviado cigüeñas para exterminarlas; y, agradecidos, respetan á estos paxaros hasta el extremo de darles un género de culto.

Hortensio se libró de la muerte por la intercesion de Andrónica; y para que su delito quedase borrado, como si no hubiera sido, se le perdonó, á condicion de que reemplazaría con otra la cigüeña muerta.

## CAPÍTULO XXV.

*Rarezas de la heroína.*

**A**cabó la disertacion al entrar nuestros viageros en Bath. Lo primero que hizo Carlota fué informarse de si habia mucha gente, y supo que la concurrencia era numerosa y lucida. Al dia siguiente fueron á pasearse, vestidos sin ceremonia, á la sala de las máquinas hydraulicas, ó bombas.

Carlota, como zelosa de la hermosura de su prima, se alegró mucho de que se pusiera el velo: Glanville, poco enterado en las modas, no reparó en ello. Dió el brazo á Arabela para acompañarla al paseo general, donde habia multitud de gentes: todos á una pusieron la vista en Arabela. Los ex-

trangeros en Bath son severamente críticos , esto es , que todo objeto nuevo les suministra materia de larga conversacion. Las damas rodearon á nuestra heroina : y se oyó por todas partes , en voces baxas : „¿Quién es? Por cierto rara criatura.” Los semi-sabios , ignorantes de que Clelia andaba siempre cubierta con un velo , la comparaban al sol obscurecido con una nube ; y los currutacos petimetres maldecian una innovacion que podria hacerse moda. Unos la tuvieron por portuguesa ; otros por natural de Flandes ; y algunos , que presumian de mas astutos , sospecharon que era alguna monja escapada de su convento. Arabela , que no creia haber hecho sensacion alguna , examinaba sosegadamente las máquinas , y disertaba con Glanville sobre las propiedades de las aguas.



Carlota se metió entre las gentes, y encontró muchas personas conocidas, quienes, antes de cumplimentarla, la preguntaron cómo se llamaba la dama extraordinaria. Carlota les informó de que era la hija del famoso Marques de \*\*\*\*. El apellido, y la clase de Arabela pasaron al instante de boca en boca; los hombres la admiraron; las mugeres, deslumbradas con su título, ya no la graduaron de rara, ó, por lo menos, procuraron justificarla. Se acordaron entonces de que tal señora llevaba los vuelos al revés; que la Viscondesa de \*\*\* quiso que la presentaran en la corte como viuda, en vida de su marido; que la Duquesa de \*\*\* montaba á caballo como los hombres; que una mercadera, recién casada con un caballero distinguidísimo, pretendia que sus

criados la diesen alteza ; que unas petrimetras , señoras de poco ha, cortejadas por militares desocupados , se figuraron que los cueros empleados antes en su familia para delantales , eran preciosos pergaminos de sus ilustres ascendientes , y fingieron , con impropiedad, el porte descarado de la nobleza moderna ; que unos Marqueses ridiculos , despues de haber usurpado este titulo con los medios que son comunes á quantos tienen la manía de enmarquesar , se creyeron sugetos de importancia , haciendo como que despreciaban á todos ; que cierta Condesa orgullosa no iba á las iglesias en que no la tributaban los primeros honores , y no viajaba con mugeres sin titulo , por mas amables que fuesen , para no comprometer su risible dignidad ; que una Mar-

quesa no conocía en la calle á los plebeyos , á quienes acababa de hacer en su casa mil agasajos , como no fuesen de aquellos , a quienes podia decirles : "*Contad conmigo , que yo os protejo*" que otra Marquesa (pues las Marquesas suelen ser ridículas) protegía á un pícaro contra un hombre de bien , porque el pícaro la era útil; y que ciertos individuos , votados por su ministerio á la sencillez , y á la moderacion , tenían la flaqueza , sin faltarles entendimiento , de no conocer el mérito sino en los ricos , y la felicidad sino en los poderosos. Finalmente , pasaron revista general á todas las sandeces antiguas y modernas para disminuir la ridiculez de Arabela.

## CAPÍTULO XXVI.

*Memorias secretas históricas, de cuya verdad es permitido que se dude.*

Así que hubo estado Arabela suficiente tiempo en la sala de bombas para exâminarlo todo, mostró deseo de volverse á casa. Encamináronse á ella Glanville, Arabela, Carlota, y dos caballeros conocidos suyos, y con mucha curiosidad de exâminar á nuestra heroína sin velo. Carlota sufrió por algunos momentos la mortificación de ver á sus acompañantes embelesados con el rostro de su prima, é indiferentes con el suyo. La seriedad de Arabela no agradó al mas mozo de los dos, llamado Tinsel, que tenia fama de petrimetre,

de chistoso , de alegre , de divertido , y de entonado. Volvióse á Carlota , y entabló con ella una conversacion á su modo. Sílvén (así se llamaba el otro) era de distinto temple : se tenia por sabio , y no desperdiciaba ocasion alguna de emplear su creida erudicion : algunas citas de fechas , y la narracion de varios pasages antiguos, lo graduaron , entre los ignorantes , por un prodigio de ciencia, y de memoria : si se hablaba de la historia antigua , hacia como que calculaba , y decia : *Eso sucedió el año segundo de la Olimpiada decimacuarta* ; y esta puntualidad le producía casi siempre elogios. Aun no se le habia presentado la ocasion de lucir , quando Arabela habló del manantial que se halla al pie de las Termopilas , y buscó la analogía que podia tener con las aguas

de Bath. Sílvén no conocia las de las Termopilas ; y , avergonzadísimo de verse cogido en un hecho histórico , se vengó en negarlo. »Permitidme , señora , dixo , el creer que os engañais , porque seguramente no hay aguas minerales al pie de las Termopilas. — Noto , caballero , que no habeis estudiado mucho la historia , dixo Arabela ; porque sabriais que Pisistrato tuvo una aventura en las mismas aguas de que hablo , la qual originó la ruina del gobierno de Atenas.” Mas sobrecogido Sílvén al oír esto , replicó , en tono muy propio para dar á entender la buena opinion que tenia de sí mismo : sé , señora , perfectísimamente quanto concierne á la república de Atenas , y no ignoro los medios con que Pisistrato llegó á la soberanía : no se ha usado de astucia mas fi-

na , añadió mirando á Glanville, que de la de herirse á sí propio, para que le señalaran una guardia. — Volveis á engañaros , caballero : lo hirió Lycurgo , ó Teócrito , competidores suyos , quienes , creyendolo prendado de la beldad de Cerinta , formaron el proyecto de asesinarlo : tampoco es cierto que la ambicion sola animase á Pisistrato para esclavizar á su patria : si algunos autores se atrevieron á publicar este hecho, fue porque no conocieron los motivos de su manejo : el amor que tuvo á Cerinta , en los baños de las Termopilas , le hizo tirano de Atenas. — Os protesto , señora , repuso Silven confusísimo , que se me han escapado todas esas particularidades. No me acuerdo de haberlas leído , ni en Plutarco , ni en los historiadores que hablaron de

la Grecia. — Así será, caballero; pero podreis verlo, quando quisiereis, en Magdalena Scudery. — ¡Magdalena Scudery! No conozco tal historiador. — ¡No! Pues digo que vuestras lecturas han sido limitadísimas. — Me parece que tengo alguna idea, prosiguió Silven sonrojado: creo que la citan á menudo Herodoto, Tucídides, y Plutarco. — Es muy de extrañar, dixo Glanville riéndose, que no conozcais á un historiador tan citado por Plutarco, Tucídides, y Herodoto. — Confieso que es vergonzoso: empecé á ojarlo; pero os digo, de buena fe, que me desagradó su latin: no se escribia en su siglo como en el de Ciceron. — Os engañais groseramente, caballero, dixo Arabela: Magdalena Scudery es un autor moderno y francés, que solo ha escrito en su len-



gua. — ¡ Autor moderno , y francés ! Entonces no es de maravillar que yo no lo conozca , porque no leo mas que los historiadores antiguos.... Señora , continuó satisfechísimo de su saber , abomino de los modernos , porque su estilo dista mucho del que me gusta. — Pero , con todo , añadió maliciosamente Glanville , es preciso que Magdalena Escudery sea mas antiguo autor que Herodoto , y Tucídides ; porque de otro modo , ¿ cómo hubieran podido citarlo ? » Quedó desairado Silven , fuera de sí , sin saber qué decirse , y sufriendo los sarcasmos de su sabiondo amigo , quien , haciendo monadas con Carlota , habia oido algo de la conversacion.

## CAPÍTULO XXVII.

*Preceptos excelentes sobre la Zumba recargada.*

**A**nimaba á Glanville un alma incapaz de complacerse por mucho tiempo en oír ridiculizar á un sugeto conocido ; y por lo tanto hizo quanto pudo para desvanecer la conversacion. Arabela , por su parte , desaprobó tambien las bufonadas del tontuelo pisaverde , y no desaprovechó la oportunidad de declamar contra tan maligna disposicion de ánimo. »Un Zumbon, dixo ella , ó se hace temible , ú odioso ; y aun puede añadirse que lo uno es consecuencia de lo otro: qualquiera que contraiga esa costumbre , se expone á violar las leyes de la humanidad y de la

amistad. ¿ No os parece , dixo volviéndose al petrimetre burlon, que es cosa dura burlarse del amigo? Débese elegir éste con gran cuidado , pero una vez hecha eleccion , ha de tratársele con todo el posible miramiento. — Pero á lo menos , prima mia , dixo Carlota , permitirás que se zumbe al enemigo quando se puede. — Ni al amigo , ni al contrario : la zumba , en mi opinion , es una necia venganza : no se debe gastar con los de cortos conocimientos , porque su ignorancia puede proceder de algun defecto de organizacion: ni tampoco ridiculizar á los que compensan sus defectos con muchas buenas qualidades , porque está visto que ninguno hay perfecto. — Esto es , señora , que no se ha de zumbar á nadie. — Juzgo, caballero , que hay poquísimos ob.

jetos que convengan á la zumba, y todavia menos personas que sepan zumbiar : es una suerte de talento debido solo á la naturaleza, y que no alcanza á dar el arte: no hay cosa mas comun que el venir á caer las zumbas sobre los mismos que las dan : se puede adquirir la ciencia , formar el juicio, y multiplicar las ideas para conseguir esto , que se llama talento; mas para la zumba no basta una expresion viva y oportuna , porque es necesario , ademas , el modo , el ademan , el sonido de la voz , y otras muchas cosas que la sazonan , sin lo que nada vale. Suélese confundir la sátira con la zumba ; pero no son una misma cosa : aquella muerde sin consideracion , y pinta con el pincel de la maldad ; y ésta es delicada , jovial , astuta , y ha de herir como

la rosa , cuyo agradable olor pone en olvido la punzada que se sintió al cogerla. — Por cierto , sobrina mia , dixo el Baron , hechizado de oír á Arabela , que ratiocinas como un doctor. — Nadie imaginaria , añadió Glanville , que pudiese mi prima hablar tan bien de una cosa que jamás ha usado; y se puede creer , por lo que acaba de decir , que nadie zumbaria con mas finura , si se pusiese á ello. » Sílvén , aunque algo encrespado por la humillacion que acababa de padecer , convino en que no podian darse mejores preceptos sobre la zumba ; pero el petrimento , ofendido de la tal leccion , conservó rencor , y aumentó sus obsequios á Carlota.

## CAPÍTULO XXVIII.

*Descripcion de un vestido de bayle.*

**L**a indiferencia con que Tincel miraba á Arabela convenció á Carlota de que las prendas de su prima no eran tan peligrosas como se lo habia creído; y por eso no tuvo zelos de verla hacer sus preparativos para el bayle, Arabela habia comprado una pieza de tela riquísima; envió á llamar á una modista, y la mandó hacer un vestido como el de la princesa Julia. La modista, que creyó perder su buen concepto si confesaba que no entendia lo que era un vestido á la Julia, dixo, con seguridad, que ya no era de moda; pero que habia llegado una nuevamente de Pa-

rís, ventajosísima para las damas. «No me persuadireis á que pueda haber vestido más ayroso que el de la princesa Julia : nadie supo sacar mejor partido que ella de sus perfecciones personales ; bien es cierto que desde dos mil años acá puede estar olvidada dicha moda. — ¡Dos mil años, señora! exclamó pasmada la modista : entendí que hablabais de la de este mes pasado, de que ya nadie se acuerda. — Sean las modas las que fueren, yo me quiero vestir como la hija de Augustó. — No he logrado el honor de ver á esa señora, y así suplícoos que me digais el género de vestido que usaba. — La descripción sería algo larga... Aca-so ignorais que la princesa Julia era hija de un Emperador. — Verdad es, señora, que lo ignoraba, y que...» Arabela pagó generosa-

mente á la modista el tiempo que habia perdido , y resolvió que sus criadas la hicieran el vestido. Carlota quedó sorprendida , por la tarde , de ver entrar á su prima con un traje extraordinario : estaba abierto por el pecho , y seguia exáctamente todas las proporciones del cuerpo ; un encaxe de plata riquísimo , y unos lazos de perlas , colocados con mucho arte , servian de guarnicion ; las mangas eran cortas , anchas , y abiertas , en términos de dexar ver , casi del todo , un brazo torneado y hermoso ; el peinado no era menos visible , porque una lindísima melena , repartida en rizos sueltos , acompañaba hermosamente al busto angelical de Arabela , hondeando sobre su seno ; y unos nudos de diamantes separaban los rizos , y daban al tocado mucho realce y gracia:



finalmente , en su total era extraño el vestido : pero no podia ser mas apropósito para dar valor á las facciones , al talle , y á las gracias de nuestra heroína. Aunque Carlota estaba contentísima de lo que se ridiculizaba su prima, la causaba zelos el efecto que producía ; pero la tranquilizaba la esperanza de oirla criticar universalmente. Llegó la hora del bayle, y Arabela fue á él en compañía de su prima , de Glanville , de Sílvén, y de Tíncel. Así que se presentó en la sala se oyó repetir de boca en boca : *¡hela allí, hela allí la princesa Julia!* Glanville se quedó parado, como que ignoraba el suceso de la modista : ésta habia divulgado por todas partes , que la dama recién llegada la acababa de despedir porque ignoraba como iba vestida la princesa Julia , hija de

Augusto. Hízose publica la cosa, y motivó infinitas chuladas, é hizo aguardar á Arabela con impaciencia. Después que la preocupación hubo hecho su efecto, empezaron los ojos á mirar como debían. El porte noble de Arabela; la hermosura de su cara; algo de magestuoso en su aire; una gracia natural de que participaban todos sus movimientos; y una sonrisa amable, trocaron el tumulto en silencio, y la crítica en admiración; de manera que nadie reparó ya más en su vestido. Carlota que oyó con gusto las sátiras, vió con pesar los miramientos y las atenciones. Para vengarse, tomó el pretexto de mostrarse admirada del recibimiento que la habían hecho, y preguntó irónicamente ¿por qué la llamaban la princesa Julia? Tan admirada estoy como tú, replicó

Arabela : he observado que todos me miraban , y creí que aguardaban á alguna dama llamada Julia, ó que me hacian el favor de hallar alguna relacion de semejanza entre mi rostro , y el de la hija de Augusto. En todo caso , (dixo Sílvén siempre ansioso de mostrar su erudicion) la comparacion no os es favorable, porque sois tan superior á aquella princesa licenciada en las prendas del cuerpo, quanto en las del alma.— Caballero, repuso Arabela , me parecis atrevido en vuestros epitetos : la hija de Augusto amaba ciertamente los obsequios , y permitia que la tuviesen amor, pero, en mi dictamen, no se la pueden reprochar mas que indiscreciones.— ¡ Qué es lo que decis , señora ! repuso Sílvén: Julia era hija de un gran Emperador, pero , perdonadme la expresion,

está pintada por todos los historiadores como una prostituta indigna de su nacimiento : sus manejos ocultos son conocidos ; y no necesito mas que citar el que tuvo con Ovidio : seguramente no ignorais que fue causa del destierro de este poeta.”

#### CAPÍTULO XXIX.

##### *Varias reflexiones hechas en un baile.*

„**I**nfamais , caballero , á esa princesa , porque no conoceis los autores que la justifican : sabed que solo amó á Ovidio como hombre de mérito , y que unicamente la calumnia pudo hacer aquella amistad sospechosa. Dicho poeta reveló al grande Agripa quanto habia pasado entre él y Julia : y cierta-

mente nada se vé que no sea inocente en la narracion que hace : insisto , pues , en tener á Julia por indiscreta ; pero la miro , á pesar de este defecto , como una princesa muy virtuosa." Sílvén no se atrevió á contradecir á una persona que creía versada en la historia , y llena de noticias reconditas ignoradas de casi todo el mundo ; pero Glanville , que conocia la fuente de donde las sacaba su prima , no pudo menos de sonreirse de la facilidad con que Sílvén se rendia ; bien es verdad que toda su erudicion estaba en una carterita , donde escribia quanto iba oyendo.

Arabela observó por las familiaridades , sonrisas , ademanes , y movimientos , que Tíncel conocia á todas las damas de la concurrencia ; y como no dudase de que sa-

bia sus aventuras , le pidió que se las comunicára. Muy contento el pisaverde de tener ocasion de maldecir , se la sentó al lado. A empezar iba , quando Arabela llamó á Carlota y á Glanville para proponerles una diversion mas agradable que la del baile. „Estamos en el caso , dixo , de saber las historias de algunas damas , que Tíncel nos hará el favor de contarlos. — Os protesto , prima mia , contestó Glanville , que no tendreis este entretenimiento por tan inocente como el baile. — ¿ Y por qué nó? No es una indiscreta curiosidad la que me lleva á pedir esta fineza al caballero , sino la esperanza de oir particularidades de importancia.” Tíncel , al ver la seriedad con que Arabela tomaba aquel asunto , se hallaba sumamente embarazado , al tiempo que Car-

lota se sentó á su lado , con aire muy jovial , y le pidió la historia de una que estaba bailando con maldita gracia. Tíncel respondió, con misteriosa sonrisa , que no estaba todavía pública , pero que nada se le escondía en esta casta de negocios. » Esa señora , dixo Arabela , será sin duda vuestra conocida , y la sabreis de su propia boca. — Os aseguro , señora , que su sinceridad no llega á tanto como eso. . . Ha sido ( continuó diciendo en voz mas baxa ) manceba de un cierto señorito , y tan bondosa , que lo ha acompañado en quantas campañas ha hecho. Por último , se casó con él en Gibraltar , de donde estan recién llegados. El hermano mayor de su marido ( señor titulado ) lo acogió muy favorablemente , no obstante de no haber querido perdonar nunca á otro

hermano suyo , porque se casó con la viuda de un oficial distinguido por su clase y mérito; y aun se sabe que conservó su resentimiento hasta la muerte , que aquel valeroso militar buscó baxo los muros de Cartagena. . . . Observad aquella otra dama , de tan afectado porte y manejo : nada la gusta; no hay cosa que merezca su atención; se viste á la francesa , porque , segun ella , en Inglaterra todo es ridículo , la gente es tosca, sin urbanidad , y sin gracia en el modo de vestirse , y sin finura en los placeres ; dice que en un pais tan feo puede vegetarse , pero no vivir. Al oír esto , ¿quién no imaginará que es una muger de forma , por la clase , por el nacimiento , y por los haberes ? Pues nada menos que eso , porque es hija de un mesonero de Spa , y ha



pasado la mitad de su vida acompañando á los transeuntes hasta los quartos de su posada , respondiendo sumisamente á las preguntas, y aguantando las proposiciones indecentes de los mal criados. Uno de los oficiales primeros del almirantazgo se enamoró de ella , y la hizo su muger : con el matrimonio se la fue la cabeza , y se ha engreido tanto que la desprecian y aborrecen quantos vienen á Bath.— ¿No os previne , prima mia , que la diversion que os proponiais seria menos inocente que el baile ? Sabia yo que el Tíncel es rapido en sus narraciones.— Os aseguro, replicó Arabela , que no sé que pensar de estas historias , que me parecen retazos de satira.— Hay, no obstante , en las conversaciones de Tíncel el merito , dixo Glanville , de que pinta bien los asun-

tos despreciables, ya que no los elija dignos de alabanza. — Yo creo, añadió Arabela, que la fealdad del vicio solo se hace reparable á los viciosos, y que una alma virtuosa no ha menester verlo para detestarlo: á proporcion de como las ideas son puras, se hace menos notable su aspecto, y se pasa junto á él sin siquiera mirarlo. — No creí haber venido al baile, dixo Carlota (fastidiada de la seriedad con que hablaba Arabela,) para oír predicar sobre el vicio y la virtud. . . ¿Qué mal hallas en lo que Tíncel ha dicho? Me parece que sería dura cosa no poderse divertir algunas veces á costa del próximo. — Los que gustan de esta diversion ignoran que es una ridiculez, y toda ridiculez presta armas á la crítica. — Has olvidado, prima, que el contar historias viene de ti,

que nos has llamado á Glanville, y á mí para oír á Tíncel.—Verdad es eso ; pero yo esperaba narraciones sólidas , y no unos cuetzuelos tan odiosos como poco instructivos. » Muchas damas del baile , con curiosidad de saber lo que decia la princesa Julia , se la arriaron. Glanville lo advirtió , y , temiendo que su prima se expusiese á públicas bufonadas , pidió á su hermana que buscára algun medio para salir de allí. Carlota , aunque de mala gana , dió gusto á su hermano : fingió un dolor de cabeza , y resolvió á Arabela á que la acompañára á casa , á donde las siguieron Glanville , el petrimetre Tíncel , y el erudito Sílvén.

## CAPÍTULO XXX.

*Género satírico.*

**A** la vuelta de Arabela, la dixo el Baron : ya tienes ahora, sobrina mia, alguna idea del mundo, y de sus diversiones : ¿ Te se puede preguntar si te agradan ?— Os confieso, respondió sonriéndose, que no deseo renovar la funcion de hoy. Si son estos los grandes placeres que he oido elogiar, me parece que pronto echaré menos la soledad, y los libros de que acabo de separarme.— Pero, prima, repuso Carlota, ¿ qué otra especie de diversion aguardabas, pues ? No hay parage en Inglaterra, excepto Londres, donde haya tan buena sociedad como en Bath : el baile era lucido ; te han

celebrado y admirado mucho ; y me pareció que todos se divertían... Fuera de que aquí es imposible fastidiarse ; por la mañana se tiene la sala de las bombas ; por la noche la de ostentacion y sociedad , donde todo el mundo se reúne ; y si á esto añades las partidas de campo de las sociedades particulares , tendrás con que ocupar deliciosamente todas las horas del dia. — Me parece , satisfizo Arabela , que el tiempo es harto precioso para merecer que se emplee con mas utilidad : creo que los que solo gustan de los placeres que has referido , existen penosamente... ¿ Qué pensaríamos de una muger , (cuya historia se hubiese escrito,) que hubiera pasado su vida en el tocador , en el baile , en el paseo , y que nunca hubiese tenido trato sino con personas tan

frívolas como ella? No hay duda que la despreciaríamos. ¿Me convencerás de que esos hombres que hemos visto, con apariencias de mugeres, cuyas voces son tan melifluas, y cuyos movimientos son tan acompasados, puedan nunca representar otro papel que el de desocupados? ¿Los juzgas propios para distinguirse en una batalla? ¿Imaginas que tengan idea de aquella especie de gloria que caracteriza á los hombres grandes? — ¡Vaya, prima mia, que no hablas mas que de guerras y de choques! ¿Son las gentes amables apropósito para pelear? Ese es oficio de soldados.— Pues si el heroísmo pertenece á estos, dime: ¿baxo qué título conoceremos á los que se adornan, se pasean y bailan continuamente, pues alguno han de tener?— Nunca hubiera imagi-

ñado., interrumpió Tíncel, que un sugeto tan amable fuese acerrimo enemigo del placer.— Os aseguro, caballero, que no lo aborrezco; pero sin duda que las nociones que yo tengo de él son diferentes de las vuestras. Permito á las mugeres que, hasta un cierto punto, se ocupen en los adornos de sus personas; pero estos cuidados me parecen indignos é impropios de un hombre, que ni ha de sacar de ellos su dignidad, ni la consideracion pública, pues son bienes que solo han de deberse á la elevacion de su modo de pensar... Si es soldado, que derrame el oro sobre su coraza para que sean mas notadas sus acciones; y que ponga hermosas plumas sobre su morrion, pues allí están mejor que en un sombrero de máscara; y un diamante en su lanza hará

mejor efecto que en su dedo. No es mérito en un hombre hacer una cortesía con gracia, bullir en un paseo público, ó hablar sobre niñerías en una tertulia. — Ahora digo, saltó Carlota, que hay mas malicia en tus reflexiones, que en lo que Tíncel nos contó en el baile. — Nada he dicho, sin embargo, que no sea relativo al modo con que dices que aqui se vive; y me parece que es permitido hablar contra las cosas que llevan en sí mismas sus censuras.

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**



## INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE  
ESTE TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. <i>Definición del amor, y de la hermosura. . . . .</i>	Pág. 3
CAP. II. <i>Nueva aventura de la heroína. . . . .</i>	12
CAP. III. <i>En el que no se verán mas que equivocaciones. . . . .</i>	22
CAP. IV. <i>Continuacion de las equivocaciones. . . . .</i>	28
CAP. V. <i>Todavía no están aclaradas todas las equivocaciones. . . . .</i>	33
CAP. VI. <i>Conseguencias necesarias de las equivocaciones antecedentes. . . . .</i>	40
CAP. VII. <i>Conversacion sabia entre dos señoritas solteras. . . . .</i>	48
T. II.	15

CAP. VIII. <i>Quëstion que va á resolverse.</i> . . . . .	58
CAP. IX. <i>Suceso que nuestra heroína no esperaba.</i> . . . . .	64
CAP. X. <i>Recóbrase de su pasmo la heroína.</i> . . . . .	68
CAP. XI. <i>Renuévase una equivocacion, y declárase otra.</i> . . . . .	78
CAP. XII. <i>Conversacion en que no se entienden.</i> . . . . .	90
CAP. XIII. <i>Historia de Forge Belmur.</i> . . . . .	98
CAP. XIV. <i>Continuacion de la historia de Belmúr.</i> . . . . .	115
CAP. XV. <i>Aventura al estilo novelesco</i> . . . . .	122
CAP. XVI. <i>Continuacion de la misma aventura.</i> . . . . .	130
CAP. XVII. <i>Rasgo generoso.</i> . . . . .	138
CAP. XVIII. <i>Muestra Sidimiris igual generosidad que su amante.</i> . . . . .	144
CAP. XIX. <i>Descripcion de una</i>	

	<i>particular pelea. . . . .</i>	152
CAP. XX.	<i>Pintura de una beldad.</i>	156
CAP. XXI.	<i>Conclusion de la historia de Belmúr. . . . .</i>	164
CAP. XXII.	<i>Reflexiones sobre los Capítulos precedentes. . . . .</i>	172
CAP. XXIII.	<i>Aventura interesantísima. . . . .</i>	178
CAP. XXIV.	<i>Rasgo historial muy auténtico . . . . .</i>	186
CAP. XXV.	<i>Rarezas de la heroína . . . . .</i>	191
CAP. XXVI.	<i>Memorias secretas históricas, de cuya verdad es permitido que se dude. . . . .</i>	196
CAP. XXVII.	<i>Preceptos excelentes sobre la zumba recargada.</i>	202
CAP. XXVIII.	<i>Descripcion de un vestido de bayle. . . . .</i>	206
CAP. XXIX.	<i>Varias reflexiones hechas en un bayle. . . . .</i>	212
CAP. XXX.	<i>Género satírico, . . . . .</i>	220

particular de . . . . .	170
CAP. XL. Plana de las baldadas . . . . .	170
CAP. XLI. Conclusion de la dicha . . . . .	170
toria de . . . . .	170
CAP. XLII. Reflexiones sobre los . . . . .	170
Capitulos precedentes . . . . .	170
CAP. XLIII. Advertencias para . . . . .	170
el . . . . .	170
CAP. XLIV. Ruego humilísimo . . . . .	170
al . . . . .	170
CAP. XLV. Retorno de la . . . . .	170
de . . . . .	170
CAP. XLVI. Memorial de . . . . .	170
de . . . . .	170
permisos que se . . . . .	170
CAP. XLVII. Preceptor excelentísimo . . . . .	170
de . . . . .	170
CAP. XLVIII. Descripción de . . . . .	170
de . . . . .	170
CAP. XLIX. Memoria de . . . . .	170
de . . . . .	170
CAP. L. Gesto . . . . .	170